Seix Barral

Erri De Luca

A tamaño natural

Historias extremas de padres e hijos

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prefacio
A tamaño natural
Lecciones de economía
Los olvidaba yo también
El crimen del soldado
Gracias
Una expresión artística
Relato de un tiempo dejado atrás
Última historia
Una crónica
Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

A tamaño natural es una disección única de una de las relaciones más sagradas y conflictivas entre seres humanos, las paterno-filiales, en un juego de espejos y referencias que aborda este apasionante tema desde la filosofía, el arte, la religión, la historia o la mitología.

Desde la historia de Marc Chagall o el sacrificio extremo de Abraham, en estas páginas hay también hijos que han negado su origen, que han tratado de borrarlo, como la hija del criminal de guerra que no puede hacer más que una elección total: negarse para siempre la capacidad de engendrar, para acabar con el legado del odio.

Erri De Luca atraviesa, con su mirada personal y su experta sensibilidad, los nudos que unen de por vida a padres e hijos, a veces desde el rechazo del afecto o el cuestionamiento de las generaciones precedentes y la ingratitud, a veces desde el aprendizaje, el reconocimiento y la aceptación.

Seix Barral Los Tres Mundos

Erri De Luca

A tamaño natural

Historias extremas de padres e hijos

Traducción del italiano por
Carlos Gumpert

PREFACIO

En ocasiones te plantean la insoluble pregunta de por qué se escribe un libro. Las posibilidades de respuesta forman un género literario que varía desde el impelente impulso creativo hasta la menos comprometida justificación. Me acerco más a la segunda, debo justificarme.

Creo que el verbo más adecuado para la narrativa no es escribir un libro, sino cometerlo, a modo de acto ilícito. Mientras redacto esta nota, lo estoy cometiendo.

Un escritor se sitúa también como acusado frente al lector. La sustancia del delito es la pérdida de su tiempo. De ahí la indiscreta pregunta sobre el porqué de un libro. Esbozo una explicación relacionada con esto.

No soy padre. Mi semilla se reseca conmigo, no ha encontrado una manera de convertirse.

«La vida que se va extinguiendo en mí proseguirá en ti y en nuestro pueblo», escribe Nazim Hikmet en la última carta a su hijo Mehmet. No es así para mí, nada de prolongaciones.

Por una compensación mal entendida, he plantado muchas semillas en la tierra, minúsculos granos hundidos bajo una masa compacta. ¿Cómo sabían hacia qué lado dirigir el brote? Sepultada como bajo una avalancha, la semilla conoce la línea más directa de subida para aflorar al aire. Lleva inscrita en sí misma la noticia de la ley de la gravedad y, por desacuerdo, crece en dirección opuesta.

¿Está su sabiduría en nosotros? Si existe, no la reconozco. Entre nosotros se crece más fácilmente en una dirección conforme.

En estas páginas reúno historias extremas de padres e hijos. A ellas soy ajeno a medias: sin ser padre, me quedé necesariamente en hijo.

No he experimentado la responsabilidad, la protección, la prueba de educar. No cambio de comportamiento con un joven o un anciano. Como hijo los considero a la par, contemporáneos míos.

Como lector y escritor, llego a serlo de las historias que tengo frente a mí. En las siguientes páginas soy coetáneo al mismo tiempo de Isaac y del pintor Marc Chagall. Basta una palabra hebrea o rusa para acercarme a ellos.

La palabra alemana *notbefehlstand* resultó igualmente contagiosa. Los criminales de guerra nazis hacían que la pronunciaran sus abogados. *Notbefehlstand*: verse obligado a cumplir órdenes. También este término del telégrafo alemán me transportó a sus alrededores.

El vocabulario es mi máquina para cruzar el tiempo.

En un arrebato de santa ingenuidad, el profeta Isaías recuerda a la divinidad que la especie humana es hija suya. *«Attà avinu»*, tú eres nuestro padre. Es la primera fórmula de la posterior plegaria cristiana del Padre Nuestro. A diferencia de la evangélica, la de Isaías no es vocativa y no pide. Es, en cambio, acusatoria: tú eres nuestro padre y obra de tus manos todos nosotros. Los difuntos patriarcas ya no son padres, el título corresponde a la divinidad que está obligada a rendir cuentas a sus hijos.

Para el creyente, el Padre Nuestro es una oración y también un encabezamiento: al Padre Nuestro residente en el cielo. Se le plantean peticiones con verbo imperativo: danos, perdónanos, líbranos.

La divinidad, sin embargo, nos ha explicado desde el principio que renunciaba a la omnipotencia para dejar libertad a la criatura humana. Consiste en la elección entre obedecer o transgredir.

En el jardín del Edén, después de la transgresión, la divinidad discute con los dos indisciplinados. La teología habla del pecado original, que no atañe solo a la pareja debutante. Abarca también a su artífice que los hizo tal cual. Después de la desobediencia, no los cancela ni los

reprograma. Se los queda así. El pecado original es su marca de fábrica.

A esta libertad conferida le resulta apropiado el desierto. En el del Sinaí deambula un pueblo apenas liberado de la servidumbre en Egipto. La libertad en ese vacío sin límites consterna hasta que se desea volver al estado servil, oprimido pero seguro. Puede ocurrirle a la libertad, a la democracia, el retroceder a la tiranía. Un saltimbanqui de la providencia está listo para saltar como un resorte de la caja cerrada y agitarse cual bribón de medio busto desde una balconada.

No puedo aplicar a mi padre la fórmula acusatoria de Isaías. No he sido tan estrictamente manufactura suya. Saqué de él los libros, las montañas, pero no puedo imputarle mis errores, ni he heredado yo los suyos. Más que a él, debo la impronta al siglo que tenemos en común. A él le tocó la parte peor.

Hay una camisa suya rasgada como acto de dolor detrás de mi marcha como hijo desertor de su casa. No conozco ese sonido desgarrado y no puedo entenderlo. Está en el tímpano, aunque no lo haya oído. Me refirieron el gesto. Añadí el ruido de la rasgadura, amplificada a desgarrón. Le asigno el móvil de estas páginas.

Entre los padres y los hijos irrumpe la tierra de nadie de la adolescencia. Los adultos son de repente el pasado lejano. Sus voces de reproche, aunque se griten, llegan atenuadas. Ese desierto debe disiparse por sí solo, no hay dirección que lo abrevie. Los duelos lo profundizan, los primeros enamoramientos lo prolongan.

En estas páginas hay uno en concreto, la cárcel, empaquetadora de vidas descartadas. Allí todavía se escriben cartas, papel, bolígrafo, tinta, sobre, sello de correos y días de viaje entre remitente y destinatario. Resultaría más rápido con palomas mensajeras.

El prisionero necesita al menos una dirección más allá

de los muros. Quien no la tiene vive en una penitencia más profunda. La hora de aire basta por sí sola para decir que las otras veintitrés son de asfixia.

En los pocos confesionarios en los que me arrodillé a la edad de la primera, segunda y tal vez tercera comunión, oía la pregunta acerca de actos impuros, si los había cometido. Me esforzaba por complacerla inventando que me metía los dedos en la nariz y jugaba a hacer pelotillas con lo recaudado. Que no retenía los pedos a propósito. No era suficiente. Una vez admití que había hecho pis contra un árbol del parque municipal.

—Piénsalo mejor, hijo mío, ¿no hay nada más?

Resignado al hecho de que lo decepcionaba, acababa con un: «No, padre». Seguía un suspiro que me reprochaba la reticencia, y luego una larga secuencia de oraciones para recitar más tarde. Las acortaba por impaciencia. Años después descubrí qué eran esos malentendidos actos impuros, tarde para poner remedio.

Me resultaba embarazoso el título de *padre* para el hombre sentado tras la rejilla del confesionario. Desde el reclinatorio lateral percibía la forma de una oreja, de un vago perfil. Sus susurros no eran los del compañero de escritorio que me pasaba las respuestas. Eran los susurros del apuntador del escenario, un repertorio de pecados a los que tenía que corresponder. Negarlos, incluso si no se habían cometido, era una insolencia.

Desde entonces no he tenido ninguna aptitud ni simpatía por el verbo *confesar*. En un juicio en Turín tuve en cambio preferencia por el verbo *reafirmar*. Acusado de pronunciar frases instigadoras para cometer actos delictivos, las repetí a ultranza, exactamente igual. Se trataba y sigue tratándose de cuestiones vitales de salud pública y de medio ambiente en un territorio ofendido. A lo largo de los dos años de ese proceso seguí reafirmando las frases incriminadas.

Luego encontré en un libro, citado en las páginas

siguientes, la definición de esa insistencia.

Es en el tribunal donde se juega con mayor frecuencia la partida de la libertad.

Mi padre ya no vivía, así que solo puedo imaginar su media sonrisa neutral entre el Estado y su hijo. Fue un ciudadano leal, el único en su edificio que no quiso tener acceso a reembolsos por el terremoto. El edificio no había sido dañado. Había unos cuantos milloncetes para que se los repartieran los coinquilinos. Hoy se dice de viejas liras, pero entonces eran jóvenes. El dinero no se distingue según su edad, sino entre limpio y sucio. En cambio, pretendemos que no tiene olor, *«pecunia non olet»*, el dinero no apesta, decían los romanos. Es cuestión de narices. Hay personas con un olfato desarrollado que les permite olfatear su origen y evitarlo.

—Señor De Luca, podría decirse que nos lo regalan, sería una lástima rechazarlo.

—Acéptenlo ustedes, yo siento que no tengo derecho.

—Pero si todo está en orden, tenemos el peritaje del ingeniero del Ayuntamiento.

—Lo sé, está en el expediente. Es falso.

—¿Cómo va a ser falso? Hay grietas en las escaleras.

—Ya las había antes del terremoto.

—Está bien, las habrá provocado otro terremoto. Sea razonable, ¿pretende usted hacerse el mirlo blanco?

—Pretendo sentirme tranquilo con mi conciencia. No me opongo a ese expediente de ustedes, pero no puedo suscribirlo.

—¿Mantenemos la abstención?

—Mantengan la abstención.

—Si me lo permite, señor De Luca, está usted pecando de soberbia.

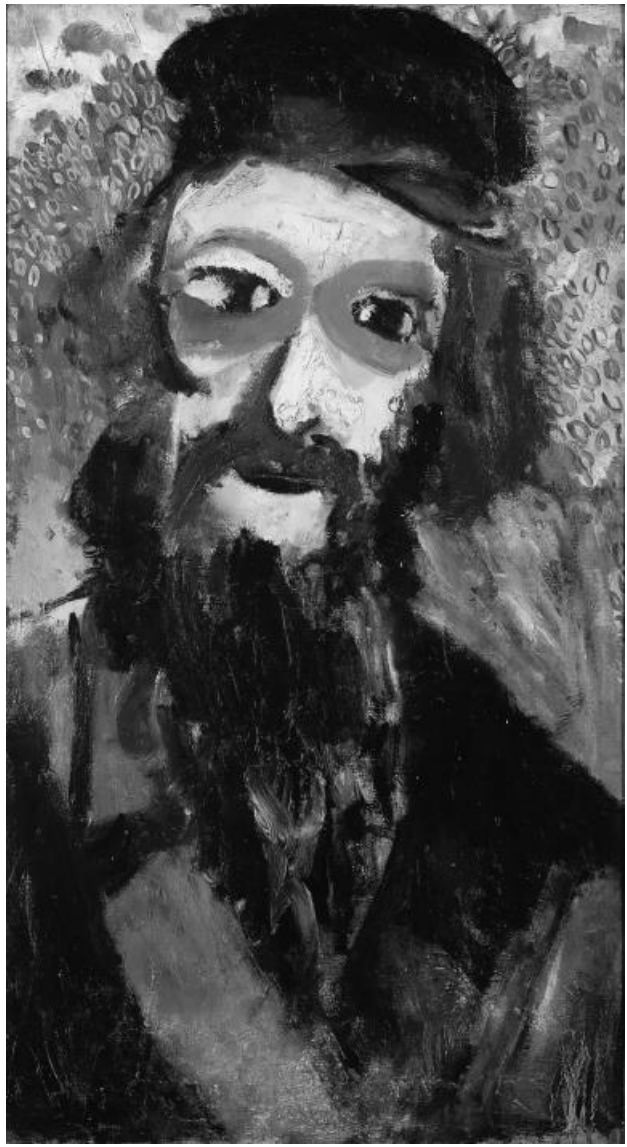
—Si me lo permite, yo la llamo *decencia*.

Transcribo estas pocas líneas de una reunión de comunidad de 1981 porque las contó él en la mesa riéndose.

No he dejado de ser hijo de ese padre que murió a mi

edad de ahora. Aunque pueda morir mayor que él, no dejo de ser hijo. No conozco el escalón profundo de la paternidad que produce el salto generacional. Desconozco su tamaño natural.

A TAMAÑO NATURAL



Marc Chagall, *El padre* (óleo sobre lienzo, 1911)

© VEGAP, Barcelona, 2022 - Chagall®. Fotografía: © Musée d'Art et d'Histoire du Judaïsme, París, Francia / Album

La más severa historia entre padre e hijo se lee en la escritura sagrada. La voz que arrojó a Abraham fuera de su tierra hacia un vagabundeo sin meta vuelve a visitar su atención.

Esta vez no es con un seco imperativo: *«Lekh, lekhà»*, ve, vete, tan perentorio como una expulsión.

Esta vez es: *«Kah na»*, tómalo, vamos. Ese *«na»* es una exhortación. La divinidad quiere verificar si basta con una invitación para desencadenar la obediencia inmediata de su oyente.

Basta. Abraham no percibe la diferencia entre una orden y una invitación.

Acepta realizar el acto más desnaturalizado, matar a su hijo, el único nacido de un largo amor con su esposa Sara.

Obedece sabiendo que la está traicionando, arrancando la única bendición de su vientre.

Los afectos familiares son para él de menor intensidad que el fervor debido.

Es una prueba que aniquila y él se compromete a realizarla con lo mejor de sus capacidades, incluidas las de disimular, fingir, esconder.

La divinidad no ha dado instrucciones, se ha limitado simplemente a establecer el lugar del sacrificio.

1910, Marc Chagall está en París, vive cerca del matadero, oye los mugidos de las bestias aterrorizadas, pinta vacas. Está donde todo artista sueña, pero para él es más que una ciudad-academia, es un segundo nacimiento. El Sena le recuerda sus zambullidas en el Daugava. Por deseo de adopción, escribe en francés.

Fue a San Petersburgo con algo de ayuda paterna. Se mantiene pintando letreros para tiendas. En París recuerda que allí tuvo lugar, a orillas del Daugava, su primera

exposición, en una galería al aire libre que se mecía con el viento frente a una carnicería, a una tienda de fruta.

Todavía es Marek, aún no Marc, pero mientras tanto se acerca a los nuevos pintores y piensa a veces en su padre, allá en Vítebsk, Bielorrusia, comerciante de arenques. En una página de diario escribe: «¿Habéis visto en los cuadros florentinos a uno de esos personajes con la barba descuidada, los ojos oscuros, a veces cenicientos, de un color de ocre cocido, cubierto de pelo y arrugas? Ese es mi padre [...]. Levantaba pesados barriles y mi corazón se arrugaba como un guirlache viéndolo levantar esas cargas y remover los pequeños arenques con sus manos heladas. Su ropa relucía por la salmuera de los arenques. A su alrededor caían los reflejos en los costados. Solo su rostro, algo amarillo y algo claro, dirigía de vez en cuando una débil sonrisa».

El cuadro de Chagall, las pocas líneas que lo acompañan sacadas de su diario, me lanzaron hacia atrás, a la historia de Abraham con Isaac y a la primera tabla del Sinaí, que prescribe: «Da peso a tu padre y a tu madre».

El verbo generalmente se traduce como «Honra». Pero el verbo *Kabbèd* es el material de una carga. Da peso a esos dos, porque ese es tu peso en el plato del mundo, el que les has dado.

Chagall hijo en su retrato de su padre le da peso a Zakhàr Chagall, un peso conmovido por la memoria y el retraso.

La conmoción colocada en capas de color proviene de un remordimiento y de una gratitud tardía.

Las manos de su padre, vendedor de arenques, destrozadas por el hielo, las manos no besadas por el hijo, no están presentes.

Moishe/Marek no se atrevió a representarlas. De esas manos, de su olor, no se enorgullecía.

Su ausencia en el retrato admite que sucedió lo irreparable: no les dio peso. Ese peso fallido es una carga en el corazón mientras pinta a su padre desde lejos.

Las manos de Abraham hacen preparativos. Se lee que toma el cuchillo y prende el fuego. ¿Cómo se prende el fuego? Hoy es fácil encender uno con los combustibles y los sistemas de encendido. Pero ¿cómo encendían un fuego en la cima de una montaña en medio de las piedras? Tienes que llevar leña y fuego contigo.

La materia prima la carga Isaac y hace falta bastante para quemar un cuerpo. La segunda son las brasas del vivac nocturno, recogidas dentro de un cascajo. Para encender mejor lleva quizá con él polvo de azufre, elemento conocido y utilizado en la época de los nómadas.

Los pintores que se han dedicado a reproducir el cuchillo desenvainado ante el cuello de Isaac han denunciado enérgicamente esa mano robusta, firme, lista.

Pero antes dejó Abraham a los sirvientes en el campamento y se encaminó cuesta arriba con el hijo detrás.

Isaac llama: «Avì», *padre mío*.

Abraham responde: «Hinnèni», *aquí estoy*.

Ahora Isaac lo sabe. Su padre ha usado la misma respuesta al dirigirse a la divinidad.

Sabe que no están solos y que entre ellos se está llevando a cabo una prueba bajo vigilancia.

Falta el animal que ha de abatirse en las toscas piedras de un altar que se construirá en el sitio designado.

Su padre, que no deja nada al azar, ya tiene todo lo necesario para el sacrificio, porque es él, Isaac, la vida que va a ser inmolada.

Chagall hijo se desengrana de la sombra de su padre. No sigue su oficio, quiere limpiarse del olor a pescado por el que se burlaban de él. Lo cubrirá con los óleos de pintura, con el diluyente del aguarrás.

Los niños tienen un olfato selectivo, excluyen o incluyen según lo que huelen. Mi compañero de cien veladas en escenarios variados, Gian Maria Testa, me contaba que sus compañeros de colegio se apartaban de él y nadie quería sentarse a su lado. Antes de las clases, iba al establo todas las

mañanas a ordeñar. Sus ropas olían a leche y a estiércol. Marek estaba impregnado de arenque, la huella de su casa.

Lejos de las cajas levantadas por el padre, de los dedos deformados por la artritis, Marek quiere aprender la ligereza, la aplicación precisa del toque que roza el lienzo. Lo estudia donde nació, en Vítebsk, lo profundiza en San Petersburgo, por último, en París, aprende a pisar el trazo, a hacer fuerza en la pincelada salvaje. Puede alcanzarla quien ha aprendido antes la leve, que las mujeres ante el espejo se saben de memoria.

En París evoca a su padre en Vítebsk, la masacre de judíos que coincidió en la ciudad con su partida de nacimiento. Desde la distancia ve con nitidez lo que entonces estaba esparcido al azar dentro de los sentidos adiestrados por el terror.

Detiene las imágenes que eran entonces tiempo a la carrera. Tate Khashke, papá Zakhàr, nombre que en hebreo proviene del verbo *recordar*. Marek recuerda enrabietado consigo mismo al hombre que le consintió la licencia del destino marcado. En París se planta frente a una tela larga y estrecha y decide reunirse con su padre.

Isaac sigue, no se echa a un lado, no tira al suelo la carga de madera y no huye hasta quedar sin aliento para salvar su vida.

He escalado muchas montañas con una carga sobre mis hombros. La cercanía de la cima, al alcance de la vista, renueva las energías. Los últimos pasos son los más ligeros.

Para Isaac, los pasos que conducen a la cresta desnuda del monte Moriá pesan plomo. No en los pies, en el corazón: su padre, su ideal, el predilecto de la divinidad que usó el cuchillo contra sí mismo para la circuncisión, se dispone a matarlo en un lugar desierto, mirándolo a la cara.

Lo está haciendo en obediencia a una voz que nadie más oye. Isaac levanta la mirada al cielo para no ver en la tierra los ojos de su padre. Sobre él flotan alas negras. No es el cielo de Jericó lleno de cigüeñas migratorias en primavera y otoño.

Los pasos que lo llevan a la cima llegan hasta el patíbulo.

El sudor que le mana de la frente enjuga algunas lágrimas pesadas. Las hay también leves, como las de la alegría. Las de Isaac descienden de otros manantiales.

Las distancias profundas acercan. Qué criaturas más extrañas somos, tantas contorsiones del revés. En París, no en Vítebsk, Marek siente la deuda de reconocimiento con su padre. Reconoce dolorosamente que lo ha repudiado, deshaciéndose del olor de su ropa hasta el abandono de la fe paterna por un creador universal.

Pinta imágenes: la divinidad de su padre las prohibió por oposición a las idolatrías, que las usan para representarse. Para Marek es la pintura la fe a la que apelar. El artista transfigura y recrea así el mundo, como artífice segundo, con licencia para actualizar.

Marek se ha desprendido inmaduro todavía, fruto que ha caído muy lejos. Se dice que es el fruto el que protege el árbol, no al revés. Para que se produzca esa tutela, es necesario que la planta no esté desnuda, al contrario, fecunda en brotes. Él, Marek, en cambio, la ha desnudado. En la deuda de la gratitud se halla el remordimiento de haber dejado indefenso al padre árbol.

¿Por dónde empieza Marek el pintor? Por la cabeza, por la gorra calada en la frente, por el pelo que le cubre las orejas y las protege del frío y de los gritos del mercado.

¿La cara? Todavía no. Marek baja con el color negro por la barba, luego el negro se ensancha como cascada y pesa sobre los hombros, la chaqueta, hasta el pecho y: ya está. El retrato es una colada negra con un óvalo en lo alto aún vacío.

Primero esparce un arcoíris opaco de manchas y puntos alrededor de la cabeza, una aureola hecha de confeti. Es un fondo luminoso, como lo es el pasado, que no lo era cuando estaba presente. Lo es ahora bajo la presión del remordimiento y de la gratitud.

Marek aún no está listo para mirar y pintar a la cara a su padre.

Entonces recuerda la grasa de salmuera que decoloraba

el negro del traje. Deja correr un poco de mezcla diluyente por encima. Y se acuerda de una corbata, la única, se la pinta alrededor del cuello, a la manera en que su madre se la anudaba. Porque un vendedor de pescado debe presentarse con decoro en su puesto del mercado.

Isaac está en la plenitud de su vigor, mientras que su padre es un viejo. Bastaría con nada para rebelarse, para imponerse, o bien solo y sencillamente para dejarlo allí arriba, con su amo. ¿Y luego?

¿Adónde ir después de levantar la mano contra su padre? ¿Qué exilio lo protegerá del acto de la rebelión? Pero sería legítima defensa. No las hay legítimas contra tu propio padre.

¿De verdad escribo yo esto? Aquí me tropiezo conmigo mismo. Por mucho menos que ser atado como un animal sobre una colina me rebelé yo. Por mucho menos desobedecí a mi padre directamente a la cara. Fue irreprimible. El silencio que se espesó en los dóciles años de la adolescencia, el consentimiento formal a reglas, conductas, vestimentas, horarios programados: todo el frente de la paciencia cedió. No por una colisión frontal, fue una lenta deserción, me fui dando bandazos, sin dirección alguna.

¿Piensa Abraham en Tèrah, su padre, cuando saca la hoja de la vaina? ¿Ha sido muy diferente él con su padre? Lo abandonó llevándose consigo a su esposa, sirvientes, ganado, a causa de esa voz que le explotó en el tímpano. No era un viaje, era un vagabundeo, la orden recibida, «Lekh, lekhà».

Según el Talmud, que comenta y amplía la escritura sagrada, Abraham destruye, antes de irse, las estatuillas votivas de su padre. No solo de abandono, sino también de rebelión contra el sentimiento religioso paterno, se sobrecarga el hijo primogénito de Tèrah, en nombre del celo por la divinidad a él solo revelada.

Su hijo Isaac, en cambio, se está dejando degollar sin una protesta, sin un gesto de defensa.

¿Piensa Abraham en su padre, que lo dejó marcharse sano, rico, a salvo, mientras él acaba de atar a su propio hijo para no permitirle que huya del cepo del altar?

Es mejor que no, es mejor evitar la confrontación con ellos, él en medio de dos generaciones para romper el pasado y el futuro, como dos extremidades superfluas. Y todo para responder a la voz, por segunda vez en su vida: aquí estoy.

Aquí estoy: el único tiempo que posee, el presente inmediato, el día mismo.

Abraham deshace el nudo con su padre y luego aprieta los de los tobillos y las muñecas de su hijo.

¿No hay legítima defensa contra el padre, no hay derecho a rebelarse? ¿He escrito de verdad esta frase para desmentirme a mí mismo, a mis coetáneos de una generación que se levantó contra los padres?

La he escrito para Isaac, quien se dejó aplastar para dar peso al padre. Es él el único ejemplo contrario al derecho de insubordinación. Lo excluyó de sí mismo, rechazó la rebelión, hizo caso omiso de la mínima defensa.

Nosotros pensamos en superar a los padres igual que se cruza un obstáculo, una valla. Creo que lo logramos. Pero Isaac supera a su padre dejándose amarrar, dominar.

¿Cerró los ojos o los mantuvo abiertos? El redactor del capítulo pasa por alto detalles que me parecen enormes. Un escritor no habría renunciado a sacar un libro de esos pocos versículos. Pero no es un narrador ni un escritor. Es un escribano que transmite una historia recibida de memoria de la voz de las generaciones. Su novedad es que la acalla, poniéndola por escrito. No sobre papel: sobre piel de animal curtida y solo en el lado girado hacia la carne.

Isaac, nombre absurdo, en hebreo significa: «reirá». Antes de él siquiera era un nombre, es un verbo en futuro, tercera persona del singular.

La tercera persona es Isaac, después de su abuelo Tèrah y de su padre, Abraham. Los supera por extremismo de obediencia. De su padre, capaz de rupturas, separaciones abruptas, no ha sacado nada. Le rindo homenaje como practicante de la desobediencia.

No me redime que mi padre muriera en la casa en la que vivo. No me redime el que lo haya cuidado. Yo tengo mi parte del desgarro de Abraham con el suyo. Él fue convocado por una voz, a mí me alcanzó la llamada de una generación.

El monte Moriá no es aún el Sinaí. No ha sido escrita todavía la frase: «Dale peso a tu padre». Para Isaac se escribió con antelación. Es él el profeta mudo de esa línea que pertenecerá a la siguiente historia. La vida precede a la ley. El artículo dictado en el Sinaí tiene como máximo ejemplo el silencio de Isaac.

¿Es resignación pasiva? No, Isaac ayuda a su padre, colabora en la colocación de las piedras para levantar el altar. Ofrece tobillos y muñecas para que se las ate. Akedà, *la palabra hebrea que define las ataduras de Isaac cual animal, no aparecerá en ningún otro lugar de la escritura sagrada*.

Es doble akedà, *su padre y él están atados juntos en la cima desierta del Moriá, tan muda como puede serlo una cúspide amplia de horizontes, pero sin una rebaba de brisa en la cara*.

Marek está listo para encontrarse con la cara de su padre. Su cuerpo está delante de él, faltan los rasgos del rostro que se resisten a ser enfocados.

Marek sigue viendo una neblina en esa cara que queda a mil millas al oriente de París.

En hebreo, *oriente* y *antes* son el mismo nombre: *Kèdem*. Así que Marek mueve el lienzo hacia oriente, por más que de allí no venga la luz. Espera a que se haga de noche e ilumina

el caballete con velas.

Piensa en la cara de su padre, tal como era cuando él, su hijo, era un niño, el primero de muchos hermanos. Sigue sin conseguirlo. Se produce una pelea entre el rostro del padre y el pincel del hijo.

Esa cara no quiere quedarse quieta, hace muecas, se da la vuelta, cierra los ojos.

Se rebela, como se rebeló él, abandonando casa e idioma, porque Marek ha dejado de hablar yidis.

Hay emigrantes que se ponen un guante forastero en la lengua y cambian de arpegio en las cuerdas vocales.

No es una abjuración. La lengua materna de uno, el dialecto propio siguen siendo inextirpables y se recurre a ellos en las cimas del dolor y la consternación. Se aprende una segunda gramática para adaptarse a la trasplantación.

El término inglés *displaced* atenúa la laceración del exilio con la sensación de simple desplazamiento. Pero los *displaced* son refugiados, una palabra que exige socorro.

En la Segunda Guerra Mundial, muchas de nuestras familias huían de las ciudades bombardeadas. Se usaba y se usa todavía el término *evacuado*. Mi madre y su familia siguieron definiendo así su condición de fugitivos en busca de resguardo. Eran refugiados, la principal causa y la fuerza mayor de los equipajes en la historia de la humanidad.

Marek está a punto de arrojar la tela a la estufa. No le brota el yidis en los labios, no impregna sus colores al óleo. Le parece incluso una liberación, desleírse de esa nostalgia con el fuego. Pero entre padre e hijo no hay desleimiento. Su *akedà* es definitiva.

Isaac ofrece las muñecas a su padre, Abraham le ata primero los tobillos. No puede saber hasta qué extremo llegará la obediencia del hijo. Sabe adónde llegará la suya, hasta la cima.

Ata las muñecas a su hijo por detrás de la espalda, con la cuerda apretada para mantener la garganta tensa. Está acostumbrado a hacerlo con los carneros. Se obliga a la misma atadura.

Está listo para el sacrificio, todo a su alrededor está quieto. La cima está bajo el sol a pico, no hay resguardo bajo ninguna sombra y ningún resguardo para la duda. En lo alto flotan alas quietas sobre las corrientes ascensionales.

Abraham extrae de la funda de cuero la hoja del cuchillo, lo suficientemente afilada para cortar un cabello. Tiene que ser así para no provocar el sufrimiento de la laceración a la garganta tensa. El carnero se desmaya por desangramiento sin notar siquiera el corte.

No necesita levantar el arma, pero lo hace de todos modos. Eleva el cuchillo al cielo que se lo ha pedido. Eleva el cuchillo por ser guiado. Eleva el cuchillo y la sombra de la mano se cierne sobre el cuello del hijo.

El lector de hoy sabe que no la cortará, Abraham no.

No sabe si es una alucinación del oído, la voz que lo llama por su nombre. Vacila, duda si se la ha inventado, luego vuelve a oírla más clara por segunda vez, la voz que le ha puesto la vida patas arriba.

Moishe/Marek Chagall está a punto de tirar el pincel que sostiene, levantado hacia arriba, sin poder acercarlo a la tela. Agarra con ambas manos el lienzo aún fresco de óleo, que brilla al resplandor de las velas. Lo aprieta y, en lugar de romperlo con un golpe de la rodilla, oye una voz desde otra habitación que lo está llamando. Marek no responde. Se detiene, acerca la tela a la cara y, donde debería estar la cara de su padre, en ese espacio en blanco planta un beso.

Ahora lo ve. A través de las lágrimas lo ve.

No vuelve a poner la tela sobre el caballete, la apoya en el suelo y empieza por los ojos. Son negras las pupilas desorbitadas, las de los arenques pescados entre el Báltico e Islandia. Alrededor del negro está el blanco del hielo. Cambia de pincel, toma uno ancho y con él rodea de rojo los ojos de su padre. No las mejillas enjutas, no es la máscara de Purim, de un Carnaval yidis. No es un día festivo, es un día de mercado. El padre se yergue muy derecho entre una caja de arenque y otra, mira a la cara a su hijo.

Los redondeles rojos son la marca del oficio, una argamasa de sudor, salmuera, insomnio de días que empiezan mucho antes del amanecer. Quien se despierta con el sol ya en alto no entiende de días emprendidos en medio de la noche. Ese rojo alrededor de los ojos lo toma como licencia de pintor. No es licencia, es reconocimiento de una humildad entendida por fin, abordada por los pinceles como una caricia. Sin sollozos, Marek llora y pinta.

El cuchillo no se le cae de la mano cuando percibe las sílabas de su divinidad: «Attà iada'ti»*, ahora he conocido. Ahora: ¿Solo ahora? ¿No lo sabía antes? ¿No estaba todo ya determinado?*

Abraham enmudece, ni siquiera baja el brazo con la hoja: su divinidad no lo ha sabido antes. No quiso saberlo, de modo que le dejó abierto el campo de las variantes, desde el rechazo a la obediencia literal. Se retiró, se echó a un lado para dar a la criatura humana el desbaratamiento de una respuesta.

¿Libertad? Solo la que está entre dos, obedecer o negar. Quien responde «Aquí estoy» ya ha respondido antes de saber.

Abraham abre los dedos del cuchillo. Isaac espera con la garganta tensa. No ha oído voces, la cima del Moriá se ha quedado muda para él.

En ninguna parte se lee que Abraham desata a Isaac. Aquí los nudos se deshacen por sí solos.

El alpinista Paul Preuss, cuando era el primero de la cordada, se ataba a la cintura un nudo que se desataba solo en caso de caída, para no arrastrar a su segundo. Así se le hizo la atadura a Isaac: cuando el cuchillo cae, el nudo se suelta.

Muchos siglos después, otro judío, el húngaro Erik Weisz, de nombre artístico Harry Houdini, sorprendió al público con sus imposibles desataduras. Tal vez quería imitar a Isaac, que se soltó o a quien soltaron, dejando la duda para la posteridad.

Houdini escribió algunos de sus trucos en un libro. Isaac y su padre, en cambio, guardaron el secreto. A partir de ellos, la relación padre-hijo es una disputa entre un nudo y su disolución.

En nuestras conversaciones suele decirse: sacrificio de Isaac. No hubo tal. Padre e hijo bajan, liberados de la carga llevada hasta la cumbre. Detrás de ellos arde sobre el altar un animal degollado como suplencia.

En hebreo el episodio se llama: atadura de Isaac. El nudo ceñido entre los dos allí arriba es irreparable, lo hubo. La disolución no puede cancelar el acto anterior de atar como un animal al hijo.

Es el alba de un siglo joven, Marek se da cuenta de que la oscuridad se desvanece por las ventanas detrás de él. En lo que ha durado la noche ha vuelto a hablar yidis con su padre. En el retrato aún tiene la boca abierta.

«Tate, tàtele, bleib gezint», papá, sigue sano, junto con nuestra Vítebsk judía a medias, lo que queda de una dispersión hacia Occidente. Muchos se han ido a las Américas. La Vítebsk de los judíos se está vaciando. La revolución en Rusia los liberará de la obligación de permanecer en las zonas valladas.

Por ello, se llenan con sus equipajes los barcos que exportan a los hijos de Israel al otro lado del océano Atlántico. A bordo, los sastres, los zapatilleros, los sombrereros, los maestros del Talmud tienen tiempo de restregarse las palmas de las manos en las cuerdas para inventarse callos, para emplearlos al llegar. En la aduana miran más eso que los documentos de identidad. Los callos en las manos son pasaporte y certificado de buena salud.

Para Marek el futuro está sobre el lienzo, allí acelera los tiempos. Para un artista el futuro es terreno ya sembrado.

Gertrude Stein escribe sobre Picasso: «El creador no se adelanta a su generación, es el primero entre sus contemporáneos en ser consciente de lo que le está pasando a su generación».

Marek en París absorbe, filtra y apesta a pintura. Pero los compañeros que lo rodean ya no se apartan, ellos también están empapados de pintura al óleo. Es la esencia del nuevo siglo, todavía no loco por el cine y el nitrato de plata de las

películas.

Es el amanecer, el cuadro está terminado, su padre está allí frente a él. ¿Puede un retrato equilibrar la brecha entre la obra de un padre y la noche de gratitud de un hijo?

«Schwer zu sein a Yid», qué difícil es ser judío, dice un proverbio yidis. Aún más difícil haber sido padre bajo un imperio que toleraba masacres regulares de sus súbditos judíos indefensos, rodeados de restricciones y discriminaciones.

He ahí a tu hijo, un joven artista ya reconocido que vive en el París legendario de los pintores. Hiciste un buen trabajo, comerciante de arenques de Vítebsk, hiciste un buen trabajo criando a un joven que se dará a conocer en el mundo. Tu hijo te da las gracias con un retrato tuyo compuesto a la manera del nuevo 1900, siglo en buena medida original.

No te reconocerías y no dirías nada. Te alisarías la barba e insinuarías una sonrisa: «¿Así que ese soy yo?». Admitirías haberte quedado atrás, que los tiempos nuevos zancadillean el pasado y lo ridiculizan. Tampoco es mala cosa, el pasado patas arriba a causa de una hermosa e insolente juventud. En tu retrato no, nada de insolencia: aquí tu hijo lejano ha puesto su carrera de salmón río arriba, el tiempo, para deponer los huevos de su gratitud en el lugar exacto en el que vino al mundo.

No paridad con lo que le diste, es mucho menos. Pero es la culminación que alcanza una nostalgia.

En la sinagoga lloras cuando es el turno de leer la página del padre que sube el monte con el cuchillo y el fuego. ¿Cómo fuiste capaz, *Avràm avinu*, Abraham Padre Nuestro?

¿Estáis a la par? Si no, ¿qué otra igualada existe? Las lágrimas se igualan y una noche de ellas basta para unir las dos mil verstas entre Montparnasse y Vítebsk, entre el Sena y el Daugava.

Tu hijo, ya revolucionario en pintura, se adherirá a la nueva Rusia de los sóviets, que comienza admitiendo a los judíos en la igualdad. Se adhiere y después se aleja,

siguiendo la deriva del siglo que va hacia Occidente. Primero a París; luego, a causa de los nazis, a Estados Unidos. Una vez finalizadas las masacres, volverá a Europa y pintará incluso en Jerusalén.

Es la vida de uno del 1900, un siglo de promesas y amenazas desmesuradas. Se convertirá en padre, tránsito que hace olvidar el estado de hijo y nos desata de él.

Tú te quedarás plantado en un retrato, formato uno a uno, a tamaño natural, el que se interpone entre padres e hijos.

Caravaggio, *El sacrificio de Isaac* (óleo sobre lienzo, 1598)

Fotografía: © Eric Lessing / Album

NOTA

Fridtjof Nansen fue un explorador noruego, más tarde alto comisionado para los refugiados de la Sociedad de Naciones.

Realizó la primera travesía de Groenlandia de este a oeste con esquíes, estudió las corrientes oceánicas, participó en la redacción de la Declaración de Independencia de Noruega respecto a Suecia.

Concibió un pasaporte que sirviera para proteger a los apátridas y refugiados después de la Primera Guerra Mundial.

El pasaporte Nansen consintió la libertad de movimiento a casi medio millón de personas. Uno de estos documentos llevaba el nombre de Marc Chagall. Otro recayó en Ígor Stravinski.

Apátrida es cualquier persona que pierde la ciudadanía a causa de la privación de un Estado. En Italia las leyes raciales de 1938 se la arrebataron a las personas de origen judío.

Por el pasaporte que impulsó y creó, Nansen recibió el Premio Nobel de la Paz en 1922.

Hoy en día, los principios de ese documento se han incorporado a la Convención de Ginebra de 1951 sobre el estatuto de refugiados. Con todo, para el refugiado una cosa es tener un documento de identidad y de viaje en el bolsillo, otra cosa es saber que existe una convención que lo protege. En el medio están las expulsiones arbitrarias, las detenciones en los campos de internamiento, los viajes con naufragio incorporado.

Hoy en día Fridtjof Nansen es más urgente que antes.

LECCIONES DE ECONOMÍA

En otros tiempos los libros se leían con el cuchillo en la mano. Nada hay de aventurero, las páginas tenían que separarse y recortarse a lo largo de los bordes. El resultado final eran libros con flecos.

Mi padre leía y cortaba mientras yo jugaba entre sus pies en silencio, por la noche antes de la cena.

Ha caído en mis manos una edición de cuchillo en mano y lo he recordado. Tiempo atrás se usaban abrecartas, yo lo hice con el del pan.

La pobreza estaba inmediatamente fuera, pero en casa no faltaban la comida, la ropa, la educación. Hasta un niño desorientado entendía que había pobreza y lo que era. Carencia de espacio, de zapatos, de domingos, de saciedad. Carencia incluso de cariño. Los hijos de los pobres encajaban golpes que me dejaban sin aliento a mí, que los oía retumbar desde la calle hasta dentro de los oídos tapados. Era culpa del dinero esa carencia de cariño.

Yo veía las monedas: las cincoliras con el delfín en una cara y el timón en la otra, las diezliras con la espiga y el arado. Valían a cambio de algo, o como limosna, que no era un intercambio.

Mamá se las daba a quienes pedían con la mano vacía.

—¿Estás haciendo caridad? —preguntaba yo.

—No, doy limosna. La caridad no tiene nada que ver con el dinero.

—¿Y con qué tiene que ver?

Yo hacía las preguntas, ella acababa aburrida de contestar.

El dinero era invisible. Quienes lo tenían podían comprar en la tienda sin sacarlo.

«¿Lo apunto?», «Apúntelo». El tendero se quitaba el lápiz corto de la oreja y escribía la suma no pagada, que se saldaría a final de mes.

Era inútil preguntarle a mamá, tenía que resolver yo

mismo el asunto del dinero.

Los bien vestidos no pagaban, los demás tenían que hacerlo, si no, nada. En las tiendas campeaba el letrero:

«Por culpa de alguien no hay crédito para nadie». Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que el crédito era la forma de no pagar de inmediato.

El cartel servía para desanimar a los pobres. Ese alguien eran ellos, la culpa era la pobreza. Sabían muy bien que crédito sí que había, la gente bien vestida salía sin pagar.

«¿Lo apunto?», «Apúntelo».

Un panadero, en cambio, vendía a crédito a los pobres también. Entonces decidí que eso era caridad; como mamá me había dicho, el dinero no tenía nada que ver.

Mis padres pertenecían los dos a los bien vestidos, pero pagaban la compra al contado. No querían deudas, llevar un cuaderno de cuentas. Me han transmitido su usanza, pago de inmediato, nada de plazos, si lo tengo en el bolsillo compro, de lo contrario nada.

Hoy creo que pagaban para no distinguirse de los que no podían comprar a crédito. En la escritura sacra encontré más tarde el deber de pagar el salario al trabajador, incluso el mismo día.

No recuerdo si nos daban a los hijos una suma semanal. Mi madre me dejaba todos los días el dinero exacto para el autobús, ida y vuelta. En primavera volvía andando y me quedaba con las cincuenta liras. Ya iba al instituto, y una vez que el autobús de regreso se retrasó, entré en un bar cercano. Me pagué mi primer café. Me sorprendió lo rico que estaba. En casa le conté a mamá ese descubrimiento. El que ella me preparaba por la mañana era diferente y peor. «Está bien, ya te has enterado, lo que os doy por la mañana es cebada, diciéndoos que es café, a partir de mañana tendrás el de verdad.»

Con la cebada prolongaba ella la infancia. Hizo falta un café en el bar para emanciparme.

Si nos hacía falta algo, se lo pedíamos a ellos. Nunca nos faltó lo necesario, pero era mejor no pretender más. Así aprendí a no desear. Hoy reputo que fue un lujo para mí ese aprendizaje: he ahorrado mucho sin privarme de nada, por falta de estímulo para comprar. Ni siquiera un billete de lotería: son quimeras de ganancias que no me atraen.

Así es: en casa no se hablaba de dinero. Ni una sola vez los oí a los dos discutir sobre cuentas, ingresos y gastos. Fue la enseñanza más útil que recibí de mis padres. Que en realidad era lo contrario a la enseñanza, porque era la negativa a considerarlo un tema. No fue una lección impartida que escuchar y luego descuidar, fue un ejemplo que tiene la fuerza de un barniz y que sus hijos hemos absorbido.

Se oían historias de familias que se peleaban por el dinero, por una herencia. Con nosotros era impensable. Nos hacía gracia la historia de ciertos conocidos que arrastraron durante veinte años una disputa sobre el reparto de algunas propiedades. De modo que uno de ellos convocó a todos los pretendientes en un hotel y, una vez reunidos, cerró la puerta con llave y dijo que no saldrían de la habitación sin llegar a un acuerdo. Y así fue. Habían sido necesarios veinte años y un secuestro de parientes. Nosotros éramos inmunes.

No es que fuera sucio, el dinero, ni los dineros del sacristán. Había que lavarse las manos después de manejarlo por higiene, no por desprecio. Había pasado por muchas manos y podía acarrear enfermedades.

Hacia los dieciséis años mi madre me regaló mi primera cartera por Navidad, un objeto de adultos, más para guardar el carné de identidad que el dinero. Esa y otras posteriores me vinieron solo de ella, que se las compraba a un comerciante medio pariente porque sus carteras traían buena suerte. El dinero no tenía que ver con el mérito, estaba bajo la jurisdicción de la fortuna.

Creo que el comerciante se apellidaba Cortese, también vendía paraguas, era calvo y tenía una sonrisa contagiosa.

Me sacaba una a mí de rebote. No sonrío a menudo. En las fotografías rara vez respondo a la invitación de fingir una. En las fotografías de los demás me pregunto por qué sonríen. No dejo de creer que debe de haber una razón más íntima que la simple invitación del fotógrafo. Así que me invento una explicación, una historia de esas sonrisas. Se convierte uno en narrador, creo, inventando los porqués de las personas.

En la primera cartera y en todas las demás mamá dejaba una moneda. No trae suerte regalarlas vacías. La última que me dio está en un cajón, deshecha por el uso.

Aprendí a manejar el dinero por mi cuenta, igual que tuve que aprender a cocinar yo mismo, a los dieciocho años, cuando salí de su casa en busca de nada, solo de no estar ya ahí.

Era la libertad, una vía de fuga sin ser perseguido. Aprenderla me costó extravíos y carencias. No la llamaba pobreza, porque no era lo que estaba fuera del umbral de la infancia. Yo había crecido al resguardo. La experimentaba por elección propia, pero sin vuelta atrás. De todas las historias de los evangelios a la que más me veía contrario era la del hijo pródigo que vuelve después de haber despilfarrado. Ese camino quedó atrancado tras de mí, como las aguas del mar Rojo se cerraron después del vado. La libertad era encaminarse por un desierto. No tenía nada de romántico, exigía paciencia y una disciplina desconocida.

El alimento de maná tenía que conseguirlo yo mismo, encontré trabajo como repartidor en otra ciudad y aprendí el dinero, a hacer que me bastara. Fue mi enseñanza obligatoria en economía. No he hecho muchos progresos en la materia, desde entonces.

Luego vinieron los trabajos de obrero. Durante mis visitas le contaba a mi padre cosas sobre esas herramientas mecánicas que utilizaba, el torno, la fresa, la prensa, el

martillo neumático, los trineos de acero que empujaba en los aviones de carga, la cepilladora y la regruesadora de carpintería, la sierra de cinta, la hormigonera. A él le interesaba para entenderme a mí, no los oficios. Se había licenciado en Economía y Comercio y después de la guerra se hizo funcionario. Un hijo repartidor, en el taller, en la albañilería, no se lo podía imaginar.

—¿Sabes cómo soldar?

En unas obras de construcción trabajé como asistente de soldador y tuve los ojos en llamas algunas noches. Como remedio me dijo que me pusiera rodajas de patata cruda en los párpados. Funcionaba.

Eran charlas entre nosotros durante mis visitas. Ninguna concernía al salario que recibía.

Mamá no, no quería oír nada de aquello.

De los años abruptos, de mi nombre en los archivos policiales nunca se hablaba. No me preguntó y se ahorró un déjalo correr. Pero en esos años me ayudó, dio un techo a alguno de los nuestros que necesitaba permanecer al margen. Se lo pedía y él aceptaba. No me parecía nada especial, eran muchos los que se prestaban a echarnos una mano a nosotros, los indisciplinados políticos a cornadas contra porras y escudos, más tarde en los tribunales. En cambio, fue especial que lo hiciera él, corriendo un riesgo grave.

De esas cosas no hablamos ni siquiera en algunas noches en las que bebíamos juntos, padre, hijo y botella. Con el alcohol circulando por el cuerpo estoy más silencioso que de costumbre. A él le venían recuerdos, ninguno de soldado de guerra. También saqué de él la economía de los recuerdos.

Él sabía que escribía historias, algunas se las dejé leer. Luego, en una ocasión, en medio de mis treinta años, me dijo que quería darme un salario para que pudiera dejar los trabajos más duros y dedicarme a la escritura. Fue la más

generosa invitación a volver a la infancia, a depender otra vez de él. No lo ofendí con una sonrisa. Le dije que no deploraba mi vida hasta el extremo de desear cambiarla. La deploraba, pero no por falta de tiempo para escribir lo suficiente. Me bastaba con los márgenes de esas jornadas de salario, al despertarme antes de salir, por la noche antes de que se impusiera el cansancio.

Esas escrituras me acompañaban, eran la sombra discreta de luz tenue que se retiraba sin pedir nada más. No me las imaginaba plasmadas en ninguna publicación que interesara a los lectores. No mandaba cartas a los editores.

Le dije que entre nosotros no se había hablado de dinero ni una sola vez, y eso había sido un privilegio principesco para mí. Le agradecí esa discreción mantenida entre nosotros.

No insistió, no repitió la oferta ni dijo que me lo pensara.

Varios años después, tuvo mi primer libro impreso en la mano. No vivió hasta el segundo.

Antes de eso, fue a ver a un notario y puso la casa a nombre de mamá, entregándole el resto de sus cosas también. No estaba enfermo, quería despojarse.

Estoy en deuda con los dos por la mejor escuela de economía, hacer que a uno le baste lo que tiene.

También me ayudó con la escritura, que supo mantenerse en los recortes del día.

Me he acordado de sus libros intonsos, se llaman así aquellos cuyas páginas han de cortarse en los bordes. Así quedó mi libro de cuentas, sin ningún cuaderno de cuadrícula para poner números.

En los últimos tiempos, los dos vivieron en el campo conmigo. Cocinaba en el fuego de la chimenea. Me preguntaba cuándo había aprendido. Fue cuando en esa casa me calentaba con leña. Los radiadores se pusieron para su llegada.

—¿Y cómo sabes cuándo está ya hecho y cuándo está

quemado en cambio?

Lo siento por el calor de las brasas cuando las extiendo para poner la parrilla. Depende de la madera, hacen fuegos diferentes. No hay una regla precisa y sin embargo no me equivoco.

—También eres fogonero, ¿quién sabe de quién lo habrás sacado?

De ti, debería haberle dicho, de ti saqué y abandoné, sin dejar de ser hijo tuyo, cráneo de cráneo, libros, vino y montañas. No me salió. Escribirlo ahora con su vida dispersa es callar con más profundidad.

Desde que se casó no se preparó siquiera un huevo. Antes consumía en casas de comida y antes de eso se encargó de ello el ejército.

Le gustaban las habas, se las planté. Decía que las del mercado eran mejores.

Pero estas son tuyas, respondía yo. Eso no contaba para él, nada era suyo en aquel momento. Volví a plantar habas el año pasado, no en su memoria, sino para obtener a cambio el gracias sonriente de la persona preferida.

Compraba el vino en Toscana, llenaba damajuanas que luego trasvasaba. Lo bebía con ganas y así pudimos ahorrar. Respecto al vino sí que me complacía, decía que lo compraba bueno. No era un entendido, los bebedores distinguen dos variedades, el malo y el bueno. Yo tampoco tengo papilas gustativas para los superlativos, conmigo se desperdician.

Después de su funeral, soñé con él. Se lo veía serio y apresurado, me dictó un número de teléfono, tres pares de dígitos, pero dos eran iguales. Se lo conté a mamá y ella se jugó el ambo en todos los bombos y además un *ambo secco* en el bombo de Venecia.* El sueño me había visitado allí.

Revisé el sorteo, no había salido. Lo volví a comprobar a la semana siguiente, en esa época los números salían un sábado. Ahí estaba ese ambo, esos dos números, y justo en el bombo de Venecia, los dos últimos de los cinco extraídos.

Divertido por el retraso, llamé a mamá. Ella se lo había jugado de nuevo. *«S'adda fa' tre vvote»*, hay que jugárselo tres veces. En su napolitano alcanzaba la prosa enjuta y exacta del aviso a navegantes.

La ganancia equivalía, hasta las últimas mil liras, a los gastos de su funeral.

No dejó deudas.

LOS OLVIDABA YO TAMBIÉN

En la comedia *Filomena Marturano*, Eduardo De Filippo hace que la protagonista recuerde el momento en el que tuvo que decidirse. Estaban sentados alrededor de una mesa, en la planta baja de un callejón en Nápoles, entre bocas numerosas, escasez de comida, y el padre habla seriamente con ella. Se había hecho mayor, había crecido junto al apetito y en esa mesa no había suficiente. Le tocaba a ella solucionarlo. Pero ¿cómo iba a solucionarlo ella, una chiquilla, *'na guagliona*? Fue a postularse a una cierta casa de citas.

«Así, así, así», basta con esa repetición para resumir unos inicios en la prostitución.

En Nápoles y en quién sabe cuántas otras ciudades del mundo, la adolescencia ha sido una edad adulta.

En el muelle de Beverello, los transbordadores zarpaban hacia las islas. En los años cincuenta yo era un niño que en julio se embarcaba para las vacaciones, exordio de la felicidad. El olor a mar averiado en el puerto, la salobridad de las cuerdas de amarre, las manchas de fuel: vuelve a subirme de nuevo a la mucosa de la nariz esa mezcla que era para mí un perfume. Anticipaba la isla, tierra prometida durante todo el año. Incluso hoy, cuando lo noto, aspiro con las fosas nasales con el mismo placer.

El transbordador estaba repleto de turistas extranjeros. Para ellos, los niños de Nápoles, pilluelos semidesnudos, descalzos, se zambullían en las aguas turbias alrededor de los flancos mientras pedían que les lanzaran una moneda. Para divertirse, alguien lanzaba calderilla, inmediatamente perseguida bajo el agua, pescada y, al subir a la superficie, exhibida apretada entre los dientes de los diminutos buzos.

Los veía desaparecer en el agua negra. Prolongaban a propósito la apnea para aumentar la atención de su

espectáculo. Los turistas se reían y se deshacían de algunas monedas más.

Miraba y me daba cuenta de la desproporción entre esos coetáneos y yo. Los admiraba por su valentía y también temía su descaro, el desafío clavado en los ojos. De la mezcla de los dos sentimientos surgía un tercero, la vergüenza. Yo en el parapeto del barco y ellos entre las manchas arcoíris de fuel, con los ojos enrojecidos por el contacto. Tenía zapatos, estaba aprendiendo a leer, que es el billete de entrada que te introduce en el mundo, tenía a mis padres a mi lado: descubría y renovaba cada año el descubrimiento de las diferencias. Aunque ya sabía nadar a estilo libre, a espalda, nunca bajaría a la oscuridad de ese fondo marino. Nunca podría parecerme a ellos.

Aprendí en Nápoles que los niños se lo toman todo en serio, especialmente el juego. No es una distracción, todo lo contrario, es la máxima concentración. En Nápoles jugar se dice *pazziare*, de *pazzia*, locura, que es un escape de grave seriedad.

¿De quién eran hijos? De nadie, la miseria los había emancipado de la propiedad de los adultos. Se pertenecían a sí mismos. Se desplazaban por la ciudad pegados al exterior de los tranvías, agarrándose a sus bordes romos con los dedos. Algún guardia los perseguía, a veces agarraba a uno, los demás lo liberaban a pedradas. Los acompañaba algún perro enflaquecido, bastardo como ellos.

¿De quién eran hijos? De la ciudad que los había parido a racimos después de la guerra y los adiestraba para superar el día. Era batalla y juego, la caza de la comida. Vagaban de noche, caían derrumbados de día y se adormecían en una acera. Al despertar buscaban limosna, los ahuyentaban de todas partes. El instinto los reunía en pequeños enjambres con una jerarquía natural ganada en el campo.

Los he conocido en otras partes del mundo, pero en el

recuerdo ninguna otra miseria ha sido tan hábil en el adiestramiento. Sentían desprecio por los adultos contra los que se habían rebelado tras recibir palizas de muerte. Habían escapado de alojamientos mínimos y abarrotados. Nadie denunciaba su desaparición. Tal vez ni siquiera los hubieran declarado al nacer. El censo de Nápoles contabilizaba con dificultad el número de muertos. Los vivos eran excedentes que tenían que aliviar la sobrecarga esparciéndose por el mundo.

Ser vida de descarte que debe salvarse de la maceración hace que uno mire su lugar de origen a la cara. *'O scuorno*, la vergüenza: ¿quién tenía que sentirla, ellos? ¿Los pilluelos, los emigrantes? Era yo quien la sentía. A la ciudad que ni se daba cuenta, le repetía en vano mi pregunta muda: «¿Cómo es que no te avergüenzas, que no te entra *scuorno*?».

La respuesta eran los chillidos, los *allucchi*, que me obligaban a taparme los oídos. *Ll'allucche d'e criature*: los chillidos de los niños de la calle, obstinados en vivir. Era lo único que tenían para hacerse oír, sus chillidos. Gritaban y nada más, no lloraban. Se reían al ver que uno de nosotros, algún niño, lloraba. Debía de ser para ellos algo que se aprendía en el colegio, eso de llorar. No servía de nada.

Me enteré entonces de la existencia de un peldaño así de oscuro al final de la pendiente, en el que llorar es un refinamiento.

En invierno morían en el sitio, de frío o asfixiados por un brasero improvisado.

Desde lo alto del parapeto de un transbordador a punto de zarpar hacia las islas, yo miraba y no tenía las palabras que ahora añado como comentario. Es lo único que pueden hacer las palabras, servir de ramo de flores sobre la fosa común de su infancia. No pueden disolver en mí el grumo indistinto al que doy el nombre genérico de *scuorno*, ahondado por la radiante indiferencia de la ciudad madre.

Con la separación del muelle, con el estruendo de las

anclas alzadas a cada comienzo del verano, los olvidaba yo también.

EL CRIMEN DEL SOLDADO
(NUEVA VERSIÓN)

Rudolf Wacker, *Estatuilla con muñeca* (óleo sobre tabla, 1932)

Fotografía: © Eraza Collection / Alamy / ACI

POR QUÉ RAZÓN

Nunca hasta ahora me había ocurrido el reescribir de arriba abajo una historia ya publicada, ni haber sentido deseos de hacerlo.

Había hecho una versión teatral de El crimen del soldado *que se quedó en un cajón. Me gustó la idea de que la historia la contaran directamente los personajes. La diferencia entre una narración y una puesta en escena consiste en que el autor desaparece en la segunda. En su lugar, hablan y actúan los protagonistas*.

En el presente volumen reúno una serie de historias de relaciones extremas entre padres e hijos. Desde este punto de vista, he releído El crimen del soldado*, donde una mujer joven descubre que su padre es un criminal de guerra, buscado con otro nombre*.

En esta reescritura total impulsada por un punto de vista más íntimo, el tema principal es la convivencia entre una hija y un padre anciano cargado de una infamia de la que no reniega.

Los hijos no arrastran la culpa de quienes los traen al mundo; la responsabilidad por los delitos, según ley antigua, sigue siendo individual. Pero hay una parte que no cubren los códigos: la condición de familiares de primer grado de los carniceros. De este peso no cabe descargarse en términos legales y ha dado lugar a diversas reacciones en los afectados. Aquí hay una. No podemos disociarnos de la propia sangre, de un órgano interno.

La Historia con mayúscula, abrumadora, no es magistra vitae. *No enseña nada; de lo contrario, sus alumnos —las generaciones— suspenderían todos los exámenes y su profesora sería despedida*.

La Historia no es un archivo, es un material narrativo. Los acontecimientos se ilustran mejor con testigos, con cartas, con

relatos orales.

La Historia del 1900, más que la de cualquier otro siglo, ha hecho añicos de forma masiva las pequeñas historias personales, las vidas singulares atrapadas en su mortífero engranaje. Por lo tanto, ha de contarse desde abajo, a través de avatares privados, no por los documentos de las cancillerías.

El cine estuvo a la altura de la historia y Chaplin ha sido el mejor historiador del 1900.

La literatura cumple la misma tarea y desde hace mucho más tiempo, bajando a los dormitorios, a los callejones, a los dramas. Esta reescritura pretende encajar en ese conjunto.

«Hacen falta mil voces para contar una sola historia», afirma un dicho de los pieles rojas norteamericanos. Aquí se añade una.

Aprender un idioma es como plantar un arbolillo. Sus raíces están retorcidas y encajadas en la maceta de vivero, ocurre lo mismo cuando se abre una gramática nueva.

El idioma yidis añade un alfabeto diferente y un sentido de lectura opuesto, de derecha a izquierda, que implica además el vuelco del libro, un completo patas arriba.

Al principio, el arbolillo está inseguro en el nuevo terreno, en el que se abre espacio lentamente. Así también se ramifica en la memoria una primera cosecha de vocablos.

Mi yidis se remonta a la primavera de 1993. Recuerdo el año porque era el cincuentenario de la insurrección del gueto de Varsovia, por parte de los últimos judíos que quedaban. Los otros cientos de miles habían subido a la fuerza en vagones dirigidos a la vía muerta de la pequeña estación de Treblinka.

Fui a Varsovia para la conmemoración y regresé con la intención de estudiar yidis, el idioma de los aniquilados.

La primera parte del siglo es para mí una pierna amputada, que duele incluso en ausencia. Nacido en la segunda parte, sufro sus punzadas con el desorden de la mutilación, con los nervios que no se adaptan a la extremidad perdida.

Otros de mi tiempo, de la segunda mitad del 1900, sufrieron una dolencia semejante. Para aliviarla, compré una gramática yidis en inglés impresa en Oxford, uno de los lugares donde esa lengua se cultiva en invernaderos.

La planta echó raíces, se hizo más grande, pude leer y traducir más tarde, que es traer primero flores, luego fruto.

Hoy se organizan visitas a los campos de exterminio.

Grupos de estudiantes se desplazan por el recinto pantanoso de la Alta Silesia, Polonia. Los que pasaron desnudos a los barracones de las falsas duchas no podían imaginarse que fundarían un museo con sus cuerpos. La Historia se toma extrañas confianzas con sus víctimas, creyendo poder resarcirlas.

Sus verdugos, los pocos procesados en los tribunales, rechazaron la acusación de *«Kriegsverbrecher»*, criminal de guerra. Jürgen Stroop, liquidador del gueto de Varsovia, incluso poco antes de ser ahorcado, se refirió a sí mismo como *«sogenannte Kriegsverbrecher»*, supuesto criminal de guerra. El adjetivo negaba el sustantivo.

Un día de abril y de nubes bajas, entré solo en el perímetro de Birkenau/Brzezinka.

Deambulé por los barracones abiertos donde quedaba la humedad del moho y el terror. Me senté en una litera baja de madera que había albergado los cuerpos de los extenuados. El silencio compacto de la mañana sirvió de invitación al sueño, dormí unos minutos, tumbado en el banco de esa madera de álamo, de abedul. Yo era el ileso que podría acostarse sobre sus pesadillas.

Luego bajé los escalones que conducían a las cámaras de gas, hechas saltar por los aires junto con los crematorios contiguos, en un vano intento de borrar las pruebas. Poder subir esos escalones era el privilegio del huésped llegado con retraso.

Algunos visitantes se movían por el campo con mi misma textura de sombras. Me quedé hasta la hora de cerrar. Antes de irme, me incliné sobre el terraplén del ferrocarril en ruinas, donde los vagones terminaban su recorrido. Recogí un perno oxidado. No sé decir si cometí robo de reliquias.

Aquí refiero una historia oída. Ojalá me hubiera ocurrido a mí. La recibí de un traductor de yidis a quien conocí en un congreso. No somos muchos los que leemos esa lengua, que

fue materna para once millones de europeos. Los supervivientes prefirieron callarla después.

Nos conocimos en la tarde libre que siguió a nuestras intervenciones, la mía sobre Katzenelson, la suya sobre Sutzkever. Nos íbamos al día siguiente. Nos encontramos bebiendo, lo invité a una botella de tinto.

No era judío, lo era su abuelo, que estuvo con los espartaquistas en Berlín en 1918 y había conocido a Rosa Luxemburgo. Emigró a América, se casó con una mujer de color, una piel roja, cheroqui. Su abuelo le hablaba en yidis, un idioma secreto de ellos dos solamente. Él creía que su abuelo se lo había inventado. En cambio, lo había escondido. Después de la muerte de su abuelo lo olvidó. Volvió a oírlo un día y se asombró de que existiera. Quiso estudiarlo. Este fue el breve bosquejo histórico de su yidis, después de que yo le contara el mío.

Con él descubrí que también teníamos en común algo de práctica de alpinismo.

Recojo íntegramente su relato, que se quedó impreso de manera tan definida que no puede explicarse solo con la buena memoria. Se trata más bien de identificación. Mientras me lo contaba, me veía ocupando su lugar. El vino ayudaba a reemplazarlo, también los ojos que me miraban fijamente, tan negros como la tinta.

Una posada de montaña, pocas mesas, es la hora de cenar y fuera todavía hay claridad en el cielo, en pleno verano. Una mujer de unos cuarenta años está en la cumbre de la belleza. Las hay deslumbrantes en las que la luz cae y se refleja. Más raras son aquellas que irradian desde una fuente luminosa en su interior. Su presencia decide el centro de todo lugar, sus gestos mueven el aire en ondas.

A sus cuarenta años, esa mujer sentada con la espalda recta, los codos apoyados en el borde de la mesa, merece la tortícolis. Debía de haber estado en las montañas y no había pasado por delante de ningún espejo, su pelo acaba de soltarse de una atadura. Tiene delante dos cervezas,

bebe una, la otra está llena, a la espera.

El hombre que me habría gustado ser entra en la posada. Lleva una mochila liviana, se ve que ha pasado por una ducha y un cambio de ropa. Tiene unos cincuenta años, enjuto, la cara de huesos pronunciados, pómulos, mentón, mandíbulas, ojos más redondos que oblicuos. Lleva una camisa de franela clara, un corte fresco en la mano, de sangre recién seca.

Mira la lista de platos escrita en una pizarra, luego se encamina hacia una mesa y se percata de la mujer, que lo está mirando. Sin coquetería, con atención en cambio. Él abre más aún sus pupilas negras clavadas en medio del cristalino. En su cara, solo ellas declaran su asombro. La mujer añade una sonrisa con la que zanja, deja de mirarlo.

Él va a sentarse a la mesa de al lado, saca de la mochila unas hojas escritas en yidis, para una traducción.

La dueña del local lo conoce, se tutean. Se acerca, le pregunta si tomará lo de siempre, añade a la pregunta: «¿Conque nos hemos hecho un agujerito?». Él responde: «Ya ves, la roca es áspera y, a veces, es más áspera que yo. Tomo lo de siempre, gracias».

Se trata de minestrone y huevos fritos.

A la mesa de la belleza se acerca un hombre de unos ochenta años, de aspecto sano y cuidado, pelo corto, canoso, recién afeitado. Intercambian palabras en alemán, son padre e hija.

El hombre sentado a la mesa de al lado está inmerso en su lectura, no se aparta de ella ni con la llegada de la cerveza, que empieza a beber mecánicamente. El primer sorbo, para él como para mí, al final de un día deambulando por las montañas es un chapuzón en un manantial. Luego hacemos el mismo movimiento y eso también me ayuda a superponerme a él: nos miramos las manos. A esas horas las observo con curiosidad, como piezas independientes de mí. Son instrumentos misteriosos, las manos, las yemas de los dedos engrosadas que aguantan el asidero de un centímetro escaso, abriendo al cuerpo el camino de subida.

Él vuelve a las páginas en yidis. Usa la jarra como atril de apoyo. Para entrar mejor en esas líneas le es preciso susurrarlas. El sonido de las sílabas lo ayuda a traducir, mejorando la fidelidad. Es un sentimiento, le es preciso suscitarlo, si no le nace, se limita a leer sin traducir. Es una carga frágil, la traducción.

Tiene la impresión de que esa lengua enmudecida por la aniquilación quiere salir a la luz, tomar aliento.

Empieza a repetir la palabra *èmet*, verdad, la última de una larga novela de Singer. La verdad al final de una obra literaria es una apuesta, la ficción que aspira a la verdad. Un lector puede romperla en pedazos o reconocerla con un chasquido de sorpresa, un toquecito a la altura del diafragma, de los que se convierten en hipo.

Yo también le doy vueltas. Dónde reconozco la verdad: en el moho que sugirió la penicilina a Fleming, en las tropas soviéticas que llegaron al campamento de Treblinka. La verdad es un descubrimiento.

Mientras está concentrado en sus papeles, en la mesa de al lado ha empezado el nerviosismo. El viejo se ha puesto de pie de un salto, se dirige a la barra, pide la cuenta. La mujer está rígida con la jarra de cerveza en el aire. Aun así, es muy hermosa. Él la mira. El viejo se ha marchado a toda prisa sin esperar el cambio. La mujer, perpleja, decide seguirlo. Ha titubeado, como ocurre con los presentimientos. Luego se apresura hacia la salida. Cruza los ojos con los del hombre por un momento, sobre la marcha, la mirada de una orden o una invitación.

Él ve su cabello, ondulado por el inicio de una carrera, luego oye el ruido de un automóvil que da marcha atrás bruscamente sobre la grava, una puerta que se cierra, luego se aleja.

Espera. ¿Qué fantasía es esa de esperar? Me dijo que en ese momento esperaba que ella no hubiera tenido tiempo de montar. Luego, en el silencio que cubre las esperanzas infundadas, vuelve a sus papeles.

Más tarde sale de la posada, se pone al volante, encuentra la carretera bloqueada. Al fondo de una escarpadura humea aún un vehículo que ha roto el pretil. Podría descender con la cuerda, la multitud se asoma sin poder actuar. El motor de un helicóptero que se aproxima vuelve vano el intento de intervención.

El relato prosigue en otro lugar, un modesto apartamento en Viena. En la entrada hay dos maletas; en la cocina, sentada a una mesa, está esa mujer, pero ahora tiene veinte años. Esta parte de la historia él la recibió mucho más tarde y la escuchó varias veces.

La joven acaba de recibir de su madre la noticia que parte su vida en dos, un antes y un después.

«Mi padre, tenía un padre. Hasta ese momento lo llamaba abuelo, me hicieron creer que mamá era su hija. En cambio, es su mujer. Y yo soy hija de un criminal de guerra buscado durante décadas. Un supuesto criminal de guerra, fue su expresión. Elimino para mí el "supuesto", colocado como protección.

»Hace una hora que mi madre bajó las escaleras por última vez con sus maletas. Yo he hecho las mías.

»Resumió en cinco minutos la historia de su vida. Tras la guerra él huyó a Argentina. Quince años después regresó a Viena con otro nombre y el trabajo de repartidor del servicio postal. Ella lo conoció y se casó con él sabiendo quién era.

»Se había marchado, harta de las obsesiones de un fugitivo. Tenía que informarlo todas las tardes de los movimientos en la calle, asomarse, apuntar las matrículas de los coches aparcados. Él le reprochaba que relajara el nivel de vigilancia.

»Ella le decía que se dejase de tantas obsesiones de clandestino, que a esas alturas estaba en regla. Él le contestaba que no podía permitirse el lujo de distraerse. Ella estaba harta de verse con viejos veteranos que hablaban sobre cómo ganar la guerra.

»Aguantó por mí, para que creciera sin sus pesadillas. Ahora ya soy mayor y ella se dispone a recuperar su vida. Se ve con otro hombre. Todavía es joven. Me dijo que decidiera qué hacer ahora que lo sabía todo.»

Marcharse. Anularlo todo de repente. Es verdad, podría lanzarse a la aventura esa misma noche, ir a casa de alguna amiga, inventarse mentiras, buscarse un trabajo. Sí, podría, pero ¿para alejarse de qué?

«Llevo su sangre dentro de mí. Los crímenes que he estudiado en clase viven aquí. Los fantasmas de la historia existen y viven de día en la habitación contigua a la mía. Soy hija suya para siempre. Ella es solo una esposa, puede irse, pero yo, ¿cómo puedo escapar de esta condena? Vaya donde vaya, me la llevaré conmigo.

»¿En qué clase de persona se convierte alguien que mató a gente inerme durante la guerra y luego debe fingir una existencia normal? Ponerse la máscara de alguien inofensivo: ¿tan fácil resulta volver a mezclarse con los demás? ¿No se traiciona a sí mismo, no siente que capitula al representar la normalidad?

»Se dice: manos manchadas de sangre. Las suyas están limpias, cuidadas. La sangre no ensucia, pero en cambio acusa. “Voz de sangre de tu hermano me llama desde el suelo”, se le dice a Caín después del crimen. La sangre tiene una voz, grita y el asesino debe silenciarla. Ese es un indicio: él, mi padre, no soporta los gritos. Si en el vecindario una riña aumenta de volumen, él pone la música más alta. Los gritos de los muertos dejan rasguños en el oído, se enredan en los nervios.»

Sentada en la cocina, con las dos maletas listas, decide esperar el regreso de ese abuelo que se ha convertido en su padre.

«El reloj del campanario da sus horas de siempre y de repente un tañido es diferente del anterior. El tiempo se ha quebrado en dos, en el momento exacto en que lo supe. De ahora en adelante el tiempo es una camisa de fuerza que me ata. Debo esperar a ese hombre, mirar a la cara al criminal y al impostor, falso por entero, desde su nombre hasta su cumpleaños.»

El hombre que me cuenta la historia de esa joven lo hacía así, en primera persona, reproduciendo las palabras que ella le había dejado impresas, al revelárselo. Mientras él hablaba, yo me imaginaba la voz de ella, la pesadumbre y la firmeza en esa hora de sometimiento a la prueba.

La madre se había ido por la mañana, después de que su marido hubiera salido para su ronda de entregas. La hija espera hasta la tarde. En esas horas saca un álbum de fotografías de la infancia, tomadas en la playa. Iban todos los veranos, al sur, a Italia.

«En Ischia, cuando era niña, aprendí a nadar con un chico de la isla, sordomudo, hijo de un pescador. Primero me enseñó a flotar tumbada en el agua. Me sujetaba el cuello y la espalda. Sus dedos me quitaban el peso. Donde me tocaba, yo sentía una fuente de calor. Era delgado, esbelto, moreno. Me hizo probar la pulpa del erizo de mar. Lo abría con un cortaplumas y con la punta dejaba ese alimento en mis dedos.

»Eso era el Sur, un bocado exquisito en un caparazón de espinas. El Norte era yo, una niña austriaca que daba las gracias a un chiquillo que no podía oírla, pero veía salir la palabra de su boca.

»Había alemanes en Ischia, los isleños se habían equipado con un vocabulario esencial y un divertido acento. Mi abuelo, ahora mi padre, solía decir que la lengua alemana ya no podía caer más bajo. A mí, en cambio, me divertía. Mi madre y él estaban con otras parejas, me dejaban mucha libertad.»

Al oír pasos en el descansillo, guarda el álbum. Vuelve a sentarse en la cocina, espera la entrada en casa de su padre el verdugo. Él entra, ve las maletas, se da cuenta de lo sucedido. Cierra la puerta como de costumbre dando todas las vueltas a la cerradura. Entra en la cocina, se sienta frente a su hija. Lleva su uniforme de cartero, una excepción, por lo general se lo quita nada más volver a casa. La hija se da cuenta de que ese hombre nuevo que está frente a ella siente la necesidad de un uniforme, aunque sea de cartero, para afrontarla. Están en penumbra, al principio de una tarde de otoño.

Ella dice con un esfuerzo comprimido en la voz, silabeando: «¿Pa-pá?».

Él responde con frialdad: «Confirmo lo que te ha dicho tu madre».

Ella controla su aliento: «¿Por qué me habéis tratado así?».

Él, sin cambiar de tono: «A causa de la vigilancia, tu madre lo supo desde el principio de nuestra relación, se acostumbró a las exigencias. En cuanto a ti, era mejor tenerte al margen para que no pudieras traicionarte, ni siquiera por equivocación».

Quietos, separados por la mesa, con la espalda recta como cuando juegan al ajedrez, dejan pasar un minuto. Oyen el ruido de sus respiraciones en la nariz.

Ella recapitula, más para sí misma que para compartir: «Mi padre murió en la guerra. El cuaderno con los números de las matrículas, me decías que era un juego entre vosotros. Se suponía que ella y yo debíamos contestar al teléfono y tú nunca. Qué idiota he sido y también vosotros por creerme aún más idiota».

Él, monótono: «La voz puede reconocerse».

Ella, con un principio de acusación en su voz: «Llevamos un nombre falso».

Él la contradice: «Es un nombre nuevo, los documentos están en regla. No es falso, es otro».

Ella no se lo consiente: «Es falso porque no es el tuyo».

Él insiste: «Eso no importa. Soy un soldado, mi nombre

es mi número de registro».

Ella, agresiva: «Entonces soy la hija de un número de registro. ¿Cuál es, dado que me concierne?».

Él se pone rígido y cruza los brazos: «No debes saberlo, se halla en un expediente de fugitivos, corresponde a una orden de busca y captura. Si un día llegan hasta mí, no me atraparán vivo. ¿Para qué crees que sirven tantas vueltas de la cerradura en un piso modesto? ¿Para desanimar a los ladrones? Sirven para darme tiempo a tragarme el cianuro. Me lo llevo incluso a la cama. Soy un soldado. No puedo ser juzgado por un tribunal civil cualquiera de hoy, que no sabe ni entiende nada. El mismo juicio de Núremberg fue una farsa: jueces con el uniforme de los vencedores, enemigos en el estrado de los jueces».

Ella lo interrumpe: «Vaya, solo me faltaba la pose del suicida, el samurái que se hace el harakiri. A esos déjalos en paz, eran guerreros que luchaban contra sus iguales, no masacraban a personas desarmadas».

Él, secamente: «No he hablado de suicidio. A mi edad es solo una abreviación. Y, además: ¿qué necesitas saber? Soy un fugitivo y lo seré de por vida. Una organización judía de la que quizá hayas oído hablar ha hecho detener a más de mil de nosotros. Su jefe dijo que debíamos saber que no podremos vivir en paz. La paz: soy un soldado, la paz no me concierne. Me desarma, me hace superfluo. No me enrolé en un cuerpo de paz. En cambio, tengo que vivir en una época de tenderos. Desprecio la paz como desprecio la traición».

La hija se rebela indignada y por primera vez en su vida levanta la voz en casa: «Pero ¿quién eres tú? ¿Qué clase de ser humano eres?».

Él reacciona por impulso de forma instintiva: «¡Cállate! ¿Estás loca? ¿Es que quieres que te oigan? No montes una escena. Si no eres capaz de controlarte, márchate».

Ella se enfría en su furia y baja la voz con violencia reprimida: «Es verdad, no puedes soportar los gritos, ¿te recuerdan a algo? Soy capaz de controlarme. Escucha lo que te digo perfectamente controlada: no vuelvas a decirme

nunca más, nunca más, que me calle. Porque la próxima vez no pienso irme, la próxima te mataré yo, no el cianuro. Ten la certeza de que soy muy capaz de hacerlo, soy la hija de un verdugo. ¿Conque eres un soldado derrotado? Pues compórtate como un derrotado conmigo, desde ahora y para siempre».

No reaccionó. Quizá reconoció en el arrebato de su hija una aceptación. Ella aceptó el silencio de su padre frente a ella como una rendición. No se dijeron nada más, se quedaron quietos, opuestos, mientras la habitación se había oscurecido. Ella se levantó, encendió la luz, que resultó deslumbrante por un momento para los dos. Luego le preguntó con la voz más tranquila e indiferente:

«¿Qué quieres comer?».

Él abandonó su rigidez, se limitó a responder: «Voy a cambiarme».

Como todas las noches, se quita el uniforme de cartero, pero esta vez lo cuelga él solo en el armario.

«Desde la cocina lo oigo buscar la percha en el armario, tirarla al suelo, recogerla apoyándose en la silla para poder levantarse. Primero tiene que arrodillarse para agacharse. Sin mamá, tiene que hacerlo solo. Los zapatos son lo más difícil. Hace poco se los compró sin cordones, se los ponía y se los quitaba ella. Era consciente de que se había quedado sin su ayuda y sin la mía también.

»Mientras pongo la mesa siento una mezcla de rabia y de compasión. Rabia por este padre, compasión por mi abuelo: no a la vez, en oleadas sucesivas, primero una, luego la otra. Corto a propósito una cebolla para sacarme dos lágrimas insensatas. Mamá ha dejado la nevera llena. Qué clase de familia es esta que me ha salido de sopetón.»

Sola en la cocina, debe reunir fuerzas para poner un plato menos y decidir qué lugar ocupa, el suyo o el de su madre.

Elige quedarse con el suyo. Repite en voz baja: «Pa-pá», dos sílabas que no quieren juntarse en una sola palabra. Son la fórmula de una condena definitiva, que apenas ha empezado a cumplir. Hasta hace unas horas sabía que era huérfana de un padre desaparecido en la guerra. ¿Y de quién es esa única foto de un joven de uniforme? Vendrá a saber que pertenece al hermano menor de su padre, él sí desaparecido en la guerra.

Después de una cena muda, mientras ella recoge, él quiere decirle algo.

«Te preguntas a quién tienes como padre. Soy un soldado derrotado en la guerra. Esta es mi culpa, la derrota, el mayor error que alguien como yo pueda hacerle a su patria.»

Ella lo interrumpe sin volverse para mirarlo.

«¿El error del soldado? ¿El exterminio sistemático de los inocentes indefensos se reduce al error de un soldado? Podrías haber ganado todas las guerras, seguirías siendo un criminal. Ni siquiera sientes la necesidad de esconderte tras las órdenes recibidas, como han hecho otros como tú que fueron llevados ante un tribunal.»

Él resopla. «Las órdenes: ¿qué crees que son? ¿Instrucciones para montar un mueble? Eran genéricas, no entraban en detalles. Nos correspondía a nosotros ejecutarlas, a nuestra eficiencia en un territorio hostil que debía ser sometido mediante el uso del terror.

»Esas órdenes tenían que construirse desde cero. Las pusimos en pie lo mejor que supimos, con el entusiasmo necesario para la obediencia.

»Desmontamos y volvimos a montar esas órdenes, las engrasamos y lubricamos como se hace con las armas, para que no se encasquillen. Nuestro crimen es más grave e imperdonable, la derrota de la patria cuya suerte nos había sido confiada.»

Ella le responde que sus compañeros, por el contrario, se habían defendido escudándose en el deber de la

disciplina militar, siguiendo órdenes precisas.

Él replica: «*Befehlsnotstand*: estado de necesidad debido a la obediencia obligada. Una miserable solicitud de atenuantes, un expediente de abogados: por eso no dejaré que me lleven a la sala de un tribunal. Tú no puedes entenderlo, nadie puede entenderlo hoy. Y, además, tú no tienes ningún sentimiento de amor por nuestra patria».

Ella se vuelve lentamente y zanja así la discusión: «Me enorgullezco de reconocer mi diferencia contigo. A partir de hoy cualquier cosa en la que no me parezca a ti me servirá de alivio. Ya no quiero seguir oyendo esos argumentos en esta casa».

En las semanas siguientes, su cuerpo se convirtió en su instrumento de oposición. Rompió el vínculo con el chico que había conocido en el instituto, con quien estaba planeando el futuro. Se cortó el pelo que a él le gustaba largo. Quería convertirse en otra, ajena a la sí misma de antes.

Refiero en síntesis su último encuentro, tal y como me fue referido.

«Has cambiado de la noche a la mañana. Tu voz se ha endurecido, se te ha borrado la sonrisa. ¿Ha pasado algo en casa? ¿Hay alguien enfermo en tu familia?»

«Están todos bien, soy yo quien quiere terminar con nuestra historia.»

Era inútil atenuarlo, él pertenecía a un tiempo expirado.

«Después de dos años juntos, con nuestros proyectos, tú profesora de Matemáticas, yo de Filosofía: ¿te has enamorado de otro?»

Ella, con impaciencia: «¿Es que una mujer ha de tener un reemplazo a la fuerza? ¿No puede desear ser libre?».

«¿Libre? ¿Es que te sentías prisionera conmigo? Además, eres una chica, todavía no una mujer.»

«¿Decides tú la transición de una edad a otra?»

«¿Qué te irrita de mí ahora? ¿Qué error he cometido?»

La palabra *error* le resultaba insoportable, una llaga abierta.

«¿Qué sabrás tú de errores?»

Sentía encima ese peso, el de los crímenes de su padre, que a eso los reducía. Eran una lepra esos errores, un contagio que la aislaba.

«Ya no sé quién eres. Es espantoso darse cuenta de que amas a una persona desconocida. Como si tuvieras una gemela idéntica que ha ocupado tu lugar expulsando a la chica que amo, que amaba. ¿Cómo puedo hacer que vuelva la anterior?»

Frases que se dicen en cada ruptura.

Aquella chica de pelo largo, tan buena en matemáticas, ya no existía.

Se matriculó en la Academia de Bellas Artes. Ganó su independencia económica posando como modelo desnuda en las aulas de dibujo. Sus proporciones perfectas y su indiferencia hacia las miradas le facilitaron las horas de trabajo.

El cuerpo desnudo es lo contrario de quienes exhiben un uniforme.

«No me da vergüenza desnudarme, quedarme quieta mientras los estudiantes me dibujan en el papel. A diferencia de las que lo hacen en locales para hombres, a mí se me pide la inmovilidad.

»Me desvisto en el baño, entro al aula en albornoz y me lo quito. La parte difícil estriba en mantener la posición. El cuerpo se cansa, te hace sentir su peso. Me pongo a pensar en mí misma de niña flotando en Ischia sobre los dedos del niño sordomudo. Así llego a un estado de suspensión. Resulto adecuada al oficio de estatua.

»Él se parecía a ti. Cuando te vi entrar esta noche en la posada, sentí un sobresalto de felicidad. Eras la secuela de ese chico de Ischia.»

El hombre que me cuenta la historia actúa sobre mí como uno que dicta a un escribano. Pronuncia bien y lentamente. Lo que le sucede al escribano, sin embargo, es que se imagina a sí mismo en lugar del autor, entrando en ese local, recibiendo esa sonrisa, que podía ver a través de él.

«Bendito sea el malentendido por el que esa mujer me confundió con un santo de su niñez. Para enamorarse al vuelo sirven ocasiones especiales. Nos enamoramos transfigurando a la persona amada, vistiéndola de la cabeza a los pies con la voluntad de hacerla coincidir con un modelo. Quiso encontrar en mí a ese chiquillo.

»Por mi parte, además de su belleza, me enamoré de su lepra de hija de un verdugo. Me enamoré de su pena. Ella expiaba su inocencia en el conflicto insuperable con ese padre maldito al que no abandonaba en su perdición. Por eso exasperaba cualquier ocasión de diferencia respecto a él. Ella era su hija, un callejón sin salida.»

A los estudiantes que la invitaban a salir con ellos no les contestaba. A un profesor, en cambio, sí que le contestó. Al final de una sesión de posado en el aula, le preguntó en voz alta delante de los estudiantes cómo se las arreglaba para permanecer una hora entera en silencio e inmóvil.

«Dígame la verdad. Se lo pregunto porque me gustaría proponérselo a mi esposa.» Ella dejó que pasaran las risas de los estudiantes, obsequiosos ante la broma del profesor, luego dijo: «Le contesto con mucho gusto, créame. Ustedes están a mi alrededor para estudiar mi cuerpo. Yo estoy aquí frente a ustedes porque no siento su presencia y consigo hacer caso omiso de ella. Proponga a su esposa que haga lo mismo».

Esta vez la clase no se rio, excepto un estudiante. Tanto ella como el profesor se volvieron para ver quién era. Se reía de buena gana.

Para recuperar la superioridad, él dijo, esta vez en un tono de admonición: «Le aconsejo que se guarde para usted sus verdades».

«Yo tengo que exhibir mis verdades como oficio.»

Recibía propuestas para hacer desfiles de moda. Las rechazaba.

«El posado inmóvil me protegía, mientras que los movimientos seductores de las maniquíes habrían puesto a la venta mi cuerpo con más cooperación de mi parte. No tenía y no tengo complacencia alguna con mi aspecto. Me desnudaba porque mi desnudo era útil a quienes aprendían a dibujar la anatomía.

»Salí con el estudiante que se había reído de mi respuesta. Me había gustado su risa espontánea y despreocupada. Le dije que era la risa de un artista, de una persona libre.

»Me dijo que los estudiantes me llamaban Nike, la estatua de Samotracia. No habían oído mi voz antes, asombrados de que hubiera hablado en austriaco en lugar de en griego.

»Le dije que no miraba sus dibujos de mi cuerpo. Tenía miedo de verlo tenso, embalsamado, como en los cuadros de Egon Schiele. Me disgustaba cómo tomaba posesión de su modelo chiquilla. Se llamaba Wally Neuzil. Su nombre vale al menos tanto como el de Schiele.

»Me gustaba la pintura de Rudolf Wacker, escribí mi tesis sobre él. El capítulo que mejor me salió fue el dedicado a las muñecas en su obra. Las usaba como modelos. Al igual que Schiele, él también estudió en Viena en la Academia, luego fue soldado en 1914 en el frente ruso. Regresó en 1920 después de cinco años de prisión, liberado por la Revolución soviética. Murió de un infarto en 1939 durante un violento registro de la Gestapo.

»Al estudiante que yo definí como artista, en cambio, le agradaba el alemán Georg Grosz, dramático, antimilitarista. No me cortejó, tenía una novia en Tirol del Sur.»

Le contó a su padre su trabajo como modelo. Él reaccionó con preguntas extrañas. Más tarde ella comprendió que la

desnudez le recordaba la de otros cuerpos obligados a desvestirse al borde de una fosa común excavada a sus espaldas.

«¿Alguien te dice que te desnudes?»

«¿Te quitas los zapatos primero o empiezas por arriba?»

«¿Están alineados en fila frente a ti?»

«No, estoy en medio de un hemisferio.»

El anciano comentó: «Tu madre no lo aprobaría».

«Ella se ha ido, ya no puedo oír lo que dice. Me dejó aquí para que me las apañara sola. De acuerdo, soy mujer y elijo. Me quedaré haciendo de hija, pero soy independiente, te quito la duda de que, si me quedo, es para que me mantengas. Ya tienes suficientes dudas de poder ser traicionado por ella, por mí.»

«Ella no me traicionará, es de los nuestros.»

«Tienes razón en dejarme fuera, no soy de los vuestros, aunque tampoco lo suficientemente ajena. Ni siquiera una transfusión total de una sangre distinta me quitaría la de un asesino. Ella era de los vuestros, ahora ya no. El día que se marchó me dijo que la única razón para denunciarte era yo, para separarme de ti. Le respondí que ella no podía liberarme de la sangre que habías derramado ni de la que me habías transmitido por contagio.

»Me desnudo para ganarme la vida, me encuentro a gusto en esas salas de techos altos, observada por estudiantes que pretenden convertirse en artistas. El arte es libertad al alcance de cualquiera.»

Para su padre, por el contrario, el arte estaba al servicio del poder. Los más grandes artistas han trabajado para complacer a los poderosos.

Le decía: «Tu favorito, Velázquez, era un cortesano a sueldo de la casa real española».

Ella replicaba: «No, él pintaba para sí mismo, para superar los límites y a sí mismo. Pintaba para la perfección. Solo después del último toque de pincel y después de que se seque se convierte la obra en una mercancía. Mientras la ejecuta, es libre».

Entregaba el correo y le tocaba una dirección peligrosa, el Centro Simon Wiesenthal, justo esos locales desde donde se organizaba la caza de los nazis ocultos.

Eran sus últimos meses antes de la jubilación, se le había asignado esa zona porque era restringida y céntrica, para recaderos ancianos. Se calaba el sombrero hasta las orejas, hacía las entregas en silencio. Si no tenía más remedio, respondía con voz ronca.

Un día, delante de ese centro, un viejo le pidió el favor de que entregara un grueso volumen, no era capaz de subir los escalones. El cartero se vio obligado a aceptar. Para agradecérselo, el viejo le susurró que allí dentro estaba el secreto de la inmortalidad judía. Mientras lo entregaba al centro, tomó nota del título.

El nazismo había fracasado, especialmente con los judíos. Había fracasado en exterminarlos a todos y eso precisamente había subvertido la suerte de la guerra. Toda Europa estaba sometida a ellos, triunfaban en todos los frentes, y de repente los hados cambiaron de signo, habían sufrido una completa derrota.

Los *hados*, el viejo nazi utilizaba este término. Los hados son el plano inclinado de la Historia, que pende de un lado o de otro. Al principio fue *Gott Mit Uns*, Dios con nosotros, el dios de la Historia. Luego cambió de bando. Lo que se manifestaba en la superficie de los campos de batalla era dirigido en secreto, a manos de fuerzas ocultas. El judaísmo era una de estas y conspiraba contra Alemania.

Nosotros, los de la posteridad, libres de esas fiebres, alejados de las mitologías del 1900, situamos tales creencias entre las fantasías y el delirio. Entonces eran crónica diaria, titulares de periódicos y de habladurías oficiales.

Alemania estaba tan cerca de la bomba atómica como los norteamericanos. La victoria había sido arrebatada de manos alemanas a través de una conjura de poderes ocultos. El nazismo justificaba así su derrota. Los reveses militares que empezaron en Rusia y continuaron en África

fueron el efecto de un juego amañado.

El libro que le había confiado aquel viejo ¿contendría el secreto que revelaba, junto con la inmortalidad judía, el despliegue de semejantes fuerzas hostiles? Quería saberlo.

Se hizo con ese libro, era un tratado de la cábala. Empezó a leerlo. Era incomprensible sin la ayuda de los maestros, a los que él no podía dirigirse, desde luego. Es peligroso introducirse solo en ese laberinto de esferas celestes, sus órbitas vertiginosas pueden provocar alucinaciones. Entró en un edificio sin salidas. Se emborrachó de fórmulas siguiendo el mecanismo de los valores numéricos de las letras hebreas. Descubrió algunas de sus combinaciones, que fueron revelaciones para él.

Por fin había llegado al tiempo libre de la jubilación y podía dedicarse a descifrar las maniobras secretas que, según él, habían comprometido el destino de Alemania.

Ella se maravillaba del interés de su padre por la cábala judía. Al comienzo de sus estudios no podía decirle que su propósito era remontarse a la derrota nazi, al exorcismo que la había producido. Le explicó que simplemente estaba intrigado por el sistema numérico de las letras hebreas, según el cual una palabra también es un número.

Ella veía algo poco sano en aquello, el principio de una obsesión. ¿Qué podía hacer un nazi con unos textos hebreos, aparte de quemarlos junto con las sinagogas? A los viejos sin nietos no es raro que les dé por dedicarse a pasatiempos abstrusos, pero había ensañamiento en esa dedicación y ella se percataba de pequeños cambios. Tenía que repetirle que la cena estaba lista en la mesa, lo veía masticar distraído. No encendía la televisión para ver las noticias.

No se dio cuenta de todo esto hasta más tarde, cuando él necesitó transmitir sus conclusiones a alguien. Solo la tenía a ella.

Había un secreto en la cábala y él pensaba estar captando algunos jirones. Fue una noche durante la cena, que él había dejado a medias en su plato.

«El judaísmo es una tenia, un gusano parásito en el intestino de la humanidad, y la cábala es su cabeza ilesa, que se ha quedado hincada dentro. Los nazis se habían ensañado en vano contra su cuerpo. Había sido una pista falsa y toda la Solución Final una empresa vana que había desviado una enorme cantidad de energía y de recursos.»

La cábala actuaba en la historia, anunciándola primero, determinándola después. Le explicó a su hija que la palabra hebrea de la destrucción tenía el mismo valor numérico que la tierra santa. Por lo tanto, estaba previsto: a la destrucción física de los judíos correspondía el nacimiento de su Estado en Palestina.

Las palabras hebreas le salían estridentes, una mueca que le torcía la boca. Una consonante aspirada le hacía toser. Atribuía a las letras el sangrado de las encías. Esa lectura le causó una pérdida de vista, compró unas gafas más potentes. Se sentía expuesto a una intoxicación y eso le confirmaba que estaba siguiendo la pista correcta. Según él, la cábala reaccionaba ante sus intrusiones liberando toxinas. Se asignaba la tarea de incursor solitario tras las líneas enemigas. Nada podría disuadirlo. Los argumentos caían en el vacío.

«Al fin y al cabo, se trata de coincidencias.»

«Desde luego que son coincidencias —replicaba él—, pero premeditadas.»

Ella resistía no para refutarlo en realidad, sino por el terror latente de poder parecérsele. Ella también creía en una fuerza invisible, la que la obligaba a cuidar a su padre, mientras todo en ella se rebelaba contra él.

«¿Adivinaciones entonces? ¿Y quién representa el papel del médium?, ¿quién se conecta con lo oculto?»

«Nadie, es la cábala, esta conspiración judía que reúne siglos de fórmulas capaces de doblegar el futuro.»

«¿Y qué si fuera así? ¿Para qué sirve saber de antemano lo que ha de pasar de todos modos? ¿Para qué sirve, además de para estropearte el apetito?»

«Sirve para protegerse, para plantear contramedidas. En la Primera Guerra Mundial, los italianos excavaron en los Alpes túneles desde abajo para hacerlos estallar y desalojar nuestras posiciones en lo alto. Así que nosotros excavamos contratúneles que neutralizaban el efecto de la explosión. Aquí tenemos la misma situación: conocidas a tiempo, las profecías pueden ser anuladas por contramedidas. No nos dimos cuenta. Lo estoy descubriendo ahora.»

La velada se alargaba, mi narrador desplegaba su relato como si lo estuviera leyendo. Era el resultado de una historia que había oído muchas veces en boca de ella. Hubo necesidad de una segunda botella de vino, a la que quiso invitar él. En espera de que llegara, miramos a nuestro alrededor.

El bar del hotel todavía está abarrotado de participantes en el congreso. Circulan algunas expresiones en yidis, algunos chistes. El humor no faltó ni siquiera en el desastre. Tal vez contribuya a la resistencia. El humor y no la cábala explica la tenacidad. Desde la mesa de al lado, una voz cuenta lo que le pasó al anciano judío que muere y se presenta ante el Altísimo. Había estado en el gueto de Łódź durante el exterminio y empieza a contar un chiste que circulaba entonces. Al final, se ríe solo.

Le pregunta al Altísimo: «¿No te hace gracia? Ya me lo imagino, lo entendemos los que estuvimos ahí, no como tú...».

Una voz protesta, dice que eso no es un chiste sino una blasfemia. La otra voz responde que no exagere, es solo una astracanada, aunque algo gélida.

«Vamos a calentarnos con otra historieta —propone otra voz—. En Varsovia, los alemanes nombraron la plaza principal en honor a Hitler. Un judío pasa por debajo del nuevo letrero y lee: Hitler Platz. Suspira y dice: "Ojalá".»

Esta vez todos se ríen. Si se agrega una ligera «t» al final de «Platz», el significado se convierte en «Hitler

estalla».

Tan pronto como se llenan los vasos de la nueva botella, reanuda el relato. Transcribo sus palabras de manera más sobria de como las recibí.

«No es esto. Preferiría creer en los dioses del Olimpo, que se inmiscuían en los asuntos humanos, en lugar de en un solo Dios creador de todo pero no responsable de nada. Los del Olimpo participaban en las batallas, daban la cara. Creo en cambio en fuerzas invisibles que actúan en las vicisitudes históricas. Creo en energías superiores que arrollan a los hombres y los empujan a realizar hazañas. Creo en el destino de Germania, en la conquista de su espacio vital.»

«Pues así hemos llegado al superhombre. ¿Qué clase de espejos deformantes tienes delante de los ojos? Deberías ir a dar una vuelta al parque de atracciones, hay una sala donde te lo pasarías genial.»

«Tu ironía no me atañe. Has oído que antes he usado la palabra latina *Germania*. Es una obra escrita por Tácito sobre los hábitos y costumbres de los antiguos pueblos alemanes. Existe un códice muy raro y Himmler lo quería para celebrar la grandeza de la nación germánica. Durante la guerra nos envió a Italia para rescatarlo en la finca de un noble. No lo encontramos. Alguien había dado aviso de nuestra misión, el dueño había desaparecido junto con el códice. Fuerzas invisibles nos impidieron apoderarnos de ese símbolo. Nos hemos visto obstaculizados continuamente por poderes nefastos que han negado el cumplimiento del destino alemán.»

«Cuánto esfuerzo de imaginación, solo para no admitir que perdisteis por la superioridad de medios y hombres de vuestros providenciales enemigos. Vuestro *Gott Mit Uns* era inferior al de ellos. Dices que crees, usas sin tino ese verbo: se trata de credulidades, y todas juntas no llegan ni a la mitad de un credo.»

«La cábala existe, sus profecías numéricas sabían las cosas de antemano, por lo que Germania aún está por

hacer.»

«Pero si tú eres austriaco, ¿o no? ¿O eso tampoco es cierto?»

«Esta banal distinción no cuenta. Austria fue el lugar de nacimiento del Führer. Solo hay un único pueblo germánico, unido por la sangre y la lengua.»

Ella buscó hombres de aspecto extranjero. En Viena había inmigrantes de medio mundo. Con ellos trataba de renegar de la sangre de su padre, del culto de la raza aria. Por la noche lo conseguía. Al día siguiente se despertaba como hija del verdugo, los abrazos le habían servido como a quien bebe para olvidar. Ningún amante le prolongaba el efecto después del amanecer.

Tomó una decisión. Fijó la cita, no tuvo que explicar los motivos. Rellenó un formulario, firmó con ese nombre falso y todo en orden. La operación duró menos de una hora. Cuando salió del hospital estaba esterilizada.

No daría a luz a ninguna criatura que prolongara la sangre maldita de su padre.

«Es lo que debe hacer la hija de un verdugo.»

«Ha sido fácil.»

Así empieza la parte más íntima de este relato, la que podría contar de memoria, de lo mucho que se me ha hincado bajo la piel.

Ella se repite ese par de frases sentada frente al espejo. Busca en su cara un cambio que le devuelva la marca de la operación.

De repente, el espejo le habla. Es su cara reflejada, pero no mueve los labios. De todas formas, habla. La voz es diferente, viene de una profundidad, la de un pozo.

ESPEJO ¿Fácil? ¿Ha sido más fácil de lo que pensabas?

¿Cómo te atreves a usar ese adjetivo después de que te hayas dejado ligar las trompas de Falopio? Te has amputado la maternidad, te has negado una criatura tuya. ¿A qué viene eso de mirarme a la cara? Agacha los ojos. Hoy te has ganado el duelo anticipado de ti misma.

ELLA ¿Quién eres tú? Tú no eres mi conciencia, con ella ya he zanjado la decisión.

ESPEJO Tu conciencia es cómplice. Yo soy tu naturaleza, la belleza que has recibido como dote y de la que te beneficias como modelo. Soy tu carne despreciada, abierta y luego vuelta a cerrar, sellada.

Con tu conciencia puedes hablar de razones, conmigo no. Conmigo solo existen la alegría y el dolor. No tenías derecho a extirparte el embarazo, el poder de reproducirse que gobierna la vida.

ELLA No puedo comportarme como si no fuera carne condenada, maldita, hija de crímenes feroces y orgullosos de haber sido cometidos. No eres carne inocente, te has desnaturalizado junto conmigo. Cargamos con una infamia que ha de ser amputada, no debe tener continuación.

ESPEJO Dispones del cuerpo como si fuera propiedad tuya, pero no lo es. Cada célula ha sido trabajada por la evolución de innumerables mujeres antes que tú, manantiales de vida para la especie humana. Has heredado los ojos, la hemorragia mensual, las uñas que no dejan de crecer obstinadas, has heredado los dientes, las papilas que aceptan o rechazan el bocado. No eres la dueña de toda esta máquina perfecta.

Eres solo la última habitante de su naturaleza, una vida que resurge con la fuerza de la hierba tras haber sido pisoteada por un peso aplastante. La vida es linfa en ascenso en medio de tempestades. El derecho que te has atribuido es una blasfemia que suma infamia a infamia, no iguala nada.

¿Crees que bastaba con firmar tu consentimiento?

Hacía falta el mío, no el tuyo. Tal vez te hubiera cerrado yo el regazo a la espera de tu súplica para hacerlo fructífero.

ELLA Ah, conque es eso. Tenía que preguntarte a ti. Acercar la muñeca al oído, como un teléfono, hablar a los latidos de la sangre. Tenía que preguntarle: ¿te apetece convertirte en un callejón sin salida, en un camino bloqueado? Tenía que preguntarle al pecho si estaba de acuerdo en renunciar a que le subiera la leche. Preguntarles como si no tuvieran nada que ver con los genes heredados del peor criminal.

Tal vez sea así, como dices tú. Tú eres el cuerpo, la vida que me empuja desde dentro y me arrastra hacia delante. Eres la corriente, ningún precipicio te contiene, eres la vida que se lanza de cabeza y yo soy vuestra última habitante.

Me gustaría sentirme así. Pero yo existo en este tiempo breve y réprobo y no sé nada de vuestra eternidad. Él me generó, y mi madre sabía y protegía. Mi madre ha sido cómplice y nodriza de la semilla en la que me convertí, muñequita de trapo colocada como guinda sobre el lecho de las masacres. Así están las cosas, cuerpo mío, don de naturaleza inexorable.

ESPEJO ¿Por qué esterilizar? Podías redimirte con la elección de un hombre de otro mundo, uno de África, un kurdo, un esquimal, que nada sabe y nada le importa de nuestro enloquecido continente. No digo que podría haber sido judío, no habría aceptado representar tu acto de desagravio.

De ti habría nacido una hija, un hijo con caracteres físicos completamente disociados de los de tus padres. Y les habrías restregado en la cara tu descendencia hija de una sangre completamente diferente.

ELLA No por represalia contra él, un viejo que no tardará en morir. Es por la criatura: no dejaría de observar sus movimientos para detectar la huella, la réplica, el instinto. Tendría que hablarle de su abuelo, le habría

plantado la encrucijada en su infancia, sus dudas sobre sí misma.

ESPEJO Tendrías: qué tiempo verbal más bonito es el condicional, el tiempo de las hipótesis, del tal vez. En cambio, se lo debías a la criatura, le correspondía la historia, la encrucijada, tu desbaratamiento, tu protección. Le correspondía la vida.

Ya he terminado contigo. No me busques frente a los espejos, dentro de ti misma. No encontrarás más que tu marchitamiento y un pozo de tristeza en el fondo de las pupilas.

Una última cosa: deja de contarte la historia de que vives con tu padre porque, sea como sea, sigues siendo su hija, aunque te fueras muy lejos. Vives con él porque lo quieres y sientes afecto. Lo sé desde dentro, por las contracciones en la boca del estómago cuando le haces la cama, por los latidos acelerados por la mañana cuando le preparas el desayuno, por los cuidados que pones para preparar la cena.

Quieres a este hombre que era tu abuelo cuando te colocaba sobre sus rodillas y te enseñaba a leer incluso antes de ir al colegio. Que te enseñó el ajedrez y se dejaba ganar por ti. Que te hizo amar la música, incluso la de las campanas.

No es necesario que ahora te tapes los oídos para no oír. Mi voz sale de dentro, ¿no ves en el espejo que no muevo los labios? Te estoy hablando por última vez. Acéptate, eres una hija que cuida de un padre anciano. Convive con sus pesadillas de fugitivo, con sus mitos malditos. No eres culpable de asistencia. Deja de justificarte. No tienes que inventarte cada día una oposición a él, una diferencia entre vosotros dos. Es un viejo caduco, pronto estará acabado. Limítate a vivir con él y nada más.

No puedes deshacerte de su pasado ni del tuyo. Ya no hay nada que hacer con la maternidad, nada que hacer conmigo. Haz las paces con el tiempo que te queda.

ELLA Adiós, naturaleza que ya no es mía, sí, te negué. Sí, me creí dueña de un destino. Podría haberlo hecho de otra manera. Pero solo podré saberlo más tarde. Los errores muestran sus alternativas después de que se cometen. Gracias por tu voz, aun muda y sin espejo, sé que me acompañas, aunque sea solo con los latidos del corazón, la respiración y las demás funciones que no dependen de mí.

Si llegara el hombre con el que vivir juntos, adoptaremos un hijo, una vida rechazada.

El espejo es un instrumento de observación, abundaba en las tiendas de peluquería. Presupone un uso vanidoso. De niño me dijeron que al mirarte en el espejo se te aparecía el diablo. Fue un terror instructivo, desde entonces lo empleo poco y de pasada. Luego se añadieron, para confirmar la desconfianza, un par de atronadores cabezazos en el Laberinto de los Espejos, en el parque de atracciones. Chocar contra uno mismo es el impacto más irritante.

Estoy de acuerdo con la invitación a quitarse la aureola del sacrificio y del martirio, a ser una mujer normal.

Tendrá que llegar y pasar por la prueba decisiva entre su padre y ella. Muchas vidas aspiran a alcanzar un estado de excepción, a salirse de lo común. En esta, la meta será convertirse en una mujer normal.

¿De qué más hablaban cuando se reunían para cenar? Debían evitar las alusiones a la historia y a las obsesiones de la vigilancia. Ella no cerraba con dos vueltas de llave cuando estaba sola en la casa, pero dejaba que su padre echara todos los cerrojos de la puerta cuando volvía.

No había reemplazado a su madre, no colaboraba con las medidas.

Hablaban del tiempo, de las montañas, de los gastos. También de cine, en una ocasión, según recordaba mi narrador. El cine es una de mis preferencias, no soy un experto, pero me gusta escucharlo incluso como tema.

Ella había visto con entusiasmo *Alguien voló sobre el*

nido del cuco, una contundente historia acerca del conflicto entre libertad y represión. Para él, eran cursilerías estadounidenses.

«Y, además: ¿qué clase de título es ese? Se sabe que el cuco no construye nidos y coloca sus huevos en los nidos de otras aves. ¿Quieres comparar estas historietas con el cine ruso? ¿Esas espectaculares tomas en las que miles de extras representaban batallas históricas?»

Ella le replicaba que su respeto por los rusos le venía del hecho de que habían perdido la guerra contra ellos, y solo después contra los aliados también.

«Nosotros llegamos hasta el Volga y a las puertas de Moscú.»

«Ellos os persiguieron hasta Berlín.»

Cambió de tema, su hija estaba con los ganadores.

«En lugar de propaganda estadounidense, deberías ver una película como *Octubre*, el imponente asalto al Palacio de Invierno del zar.»

«¿Quién habría sospechado tu admiración por Eisenstein, un director judío?»

«No es de extrañar, esa gente sabe contar bien las leyendas. El monoteísmo lo inventaron ellos, y también la Revolución rusa.»

La hija estudiaba también la historia del cine en la Academia y había leído los diarios de Eisenstein.

«¿La toma del Palacio de Invierno? Los que entraron de noche por un ingreso lateral no pasaban de algunos centenares, marineros y bolcheviques mal armados. Pero Eisenstein no tenía película para tomas nocturnas, por lo que la filmó durante el día y con asalto desde la escalinata principal. Empleó a cinco mil extras armados con rifles cargados con munición real. Hubo más heridos durante el rodaje que en el asalto histórico.»

«Propaganda estadounidense.»

«Qué va, date cuenta de que en 1927 seguía allí el mismo guardián de diez años antes, presente en la acción real. Le dijo al director que la primera vez fueron más cautelosos.»

«¿Es eso lo que te enseñan en la Academia?»

«No, eso puedes leerlo en los diarios de tu Eisenstein.»

El padre no había querido leer la tesis de su hija sobre el pintor Rudolf Wacker. Ella se lo reprochaba: un artista austriaco, un soldado, él lo rechazaba por ser hostil al nazismo.

«Tú lo estudiaste y lo preferiste por esa razón. Yo lo rechazo por la misma razón.»

«Lo elegí porque era artista y porque no usaba modelos. Estás encerrado en una ignorancia voluntaria, peor que la de los analfabetos sin medios de instrucción. Tienes la oportunidad de saber y te la niegas por desmaña. En eso eres muy moderno. Hoy en día se practica el analfabetismo voluntario.»

Estoy de acuerdo. Hoy elegimos no querer saber, nos excluimos del conocimiento y pretendemos negar la existencia de los hechos que no nos gustan. Llegamos a la extravagancia de quienes afirman que la Tierra es plana. La ignorancia voluntaria es un caso clínico aún no estudiado.

Me consuelo con ejemplos admirables del pasado. John Milton, un poeta inglés posterior a Shakespeare, se quedó ciego y dijo que serlo no era una desgracia. Desgracia era la incapacidad de soportarlo. Vio sus libros condenados a la hoguera, percibió el olor a papel quemado en lugar de su carne. Y siguió escribiendo.

Con mi narrador nos permitimos una pausa, una divagación.

Cuando era joven, las masacres de mi siglo agitaban mis sentimientos, mezclando la compasión con la cólera. Luego el tiempo echó a andar, lo veo en mi cara. Hoy entro sin estremecerme en el flagelo de la historia. Recojo el relato como alguien que va tras el segador y amontona lo cortado en gavillas.

En el último año de su vida juntos, él creyó poder atribuir a la cábala incluso la captura en Argentina del criminal nazi Adolf Eichmann, quien luego fue juzgado y ahorcado en Jerusalén. Quiso explicárselo a su hija para corroborar sus propias cautelas.

En el suburbio de Buenos Aires donde vivía bajo nombre falso con su familia, el hijo mayor de Eichmann se enamora de una chica del vecindario. Ella es judía y no lo sabe. Su padre había huido a Argentina antes de la guerra y no le había revelado nada de las razones que lo impulsaron.

Los dos jóvenes salían y ella solía ir a cenar a casa de él. El chico pronunciaba sus peroratas contra los judíos, ella ingenuamente se lo contaba a su padre. Una vez, el hijo de Eichmann le había revelado su verdadero apellido. La chica también se lo mencionó a su padre. La información pasó en secreto a Israel, donde se organizó un equipo para secuestrarlo y llevarlo a Jerusalén.

¿Qué tiene que ver la cábala con eso? El amor hizo que se filtrara el secreto y *amor* tiene el mismo valor numérico que la divinidad judía. ¿Está claro? El amor es su truco, su estratagema preferida.

Ella continuaba escéptica y le costaba seguirlo.

«¿Es que no lo entiendes? Eichmann había rastreado y cargado en los vagones a cientos de miles de judíos, él era el mayor experto. ¿Y no se dio cuenta de que tenía a uno de ellos en casa? A través del encandilamiento amoroso, la cábala introdujo a la deidad vengativa en la casa de Eichmann. Está escrito en las coincidencias numéricas.»

A ella le interesaba el destino de la chica judía. Ella también había sabido de repente, de la noche a la mañana, de quién era hija. También para ella las consecuencias resultaron definitivas. Para escapar de las represalias nazis tuvo que cambiar de nombre y de continente. No era más que una chica enamorada. Se había transformado en un instrumento de la historia, un peón de su rara justicia, utilizada y luego descartada. Su apellido, Hermann, era

falso, su padre le había mentido para protegerla, pero también la había tratado como alguien incapaz de comprender. La hija del verdugo había compartido la misma suerte, la misma procesión de mentiras de la otra hija, la del inocente.

El 1900 ha excavado abismos entre padres e hijos.

«Qué clase de padres nos ha dado este siglo XX. Ya era hora de que terminara.» Este es el comentario del hombre que está frente a mí, tras beber un sorbo. No estoy de acuerdo con él y se lo digo, no puedo permitir que nadie denigre mi época.

Después de la cábala sobre Eichmann, el padre había descubierto otra coincidencia numérica y estaba convencido de que esta vez le concernía a él. En hebreo, la palabra *fin* tiene el mismo valor numérico que el verbo *vengar*. De manera que su fin adoptaría la forma de una venganza. Se volvió aún más cauteloso y receloso. Había descubierto la profecía y tenía que conjurarla con la máxima vigilancia.

En ese año rompió también con el pequeño grupo de antiguos nazis, ancianos y jubilados. Ya le tomaban el pelo por sus entregas como cartero en el Centro Wiesenthal, diciéndole que se había infectado.

La ruptura fue definitiva cuando quiso contarles la historia del Gólem de Praga, el sirviente autómata construido por el rabino en 1600. El Frankenstein de Mary Shelley es una variante descolorida de aquel.

En la frente de la criatura artificial estaba grabada la palabra *èmet*, verdad. Ese letrero lo hacía invencible. Su propio artífice se preocupó y temió las consecuencias, por lo que decidió aniquilarlo, borrando la primera letra de la palabra, la álef, de *èmet*. Queda la palabra *met*, que significa «muerto». Una vez borrada la letra, el Gólem muere.

Los viejos camaradas lo escucharon meneando la cabeza.

«¿No está claro? Los judíos no son el pueblo elegido, como nos han hecho creer poniéndonos tras una pista falsa.

Son, por el contrario, el Gólem, el pueblo siervo, el autómata de su divinidad, con la palabra *èmet* escrita en la frente. Basta con eliminar la álef y estarán muertos. Nos esforzamos por exterminar un pueblo mientras que era suficiente hurgar en su secreto y borrar todas las letras álef de diccionarios, de libros, de las matrices de los impresores. La anulación de esa letra los habría aniquilado a todos. Todavía puede hacerse.»

Aquello era demasiado para unos viejos curtidos en la mitología de la victoria robada. Su camarada estaba delirando, era irrecuperable.

La hija, a quien informó de la discusión, se alegró de que no volviera a verlos. Regresaba de esas reuniones eufórico e hinchado de cerveza.

Este relato es la premisa de lo que ocurrió en la posada donde comenzó esta historia.

Ella, ahora una mujer de cuarenta y tantos, se estremece cuando ve entrar en la posada al hombre que me cuenta lo ocurrido. A lo largo de su vida ha buscado las manos capaces de quitarle el peso, de hacerla flotar. Lo primero que miraba de cada hombre era la forma de las manos.

Le había ocurrido lo contrario, hundirse bajo los cuerpos de los hombres.

Más tarde le dirá a él: «Les gusta hacer sentir su peso. No saben ver a una mujer, todavía tienen la impresión equivocada del primero que dice delante de Eva: “Es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. Lo cierto es lo contrario, los hombres son carne y huesos de las mujeres».

Ahora la transcribo a ella.

«Cuando te vi entrar, sentí un vacío en mi respiración. Eras la secuela encarnada del chiquillo pescador. Te sonreí como reacción, un calambre de felicidad. Sé que no podías ser él, pero lo eras de todas formas, para mi conmoción y por mi voluntad.

»Luego me devolviste la sonrisa, solo con los ojos,

como lo hacía él. Recobré bajo la lengua la pulpa de los erizos de mar, ofrecida en la punta de su cortaplumas. Tú me miraste como desde la lejanía, como alguien que enfoca una distancia. Yo enfocaba la época de esos veranos que habían entrado contigo en la posada.»

Nos enamoramos así también, de inmediato, por más que al decir de inmediato se pierda la velocidad de ese instante. Se había ido cargando mucho antes, acumulado como una avalancha en una pendiente. Una mirada intercambiada la desprende, hace que se precipite. Nos enamoramos cuesta abajo, de cabeza.

«Estabas en la mesa de al lado cuando mi padre vino a sentarse. Lo vi envejecido de repente. Al estar con una persona todos los días durante años no nos percatamos de los cambios. El haberte visto me mandó de vuelta a la chica de treinta años antes. Mi padre, que tuvo que apoyar las manos sobre la mesa para sentarse, me devolvió al presente, era un viejo, vacilaba. Sus andares rígidos crujieron, apoyó su peso en caída sobre la silla.

»Eras un desconocido y de repente te reconocí. A una mujer eso le sucede en un instante. Fantaseaba bebiendo cerveza. Recordaba la playa de noche, aquella niña tumbada bajo la Vía Láctea que partía el cielo en dos. Me sentí desapegada, muy distante, como entonces.

»Ningún hombre ha sabido alcanzar mis latidos, esparcidos por todo el cuerpo. Solo el chico sordomudo hizo que me sintiera como una hoja estirada flotando.

»Una noche me tomó de la mano e hizo que la posara sobre la arena. Sentí que el suelo vibraba, temblaba, agitaba mi mano. Era la sacudida de un terremoto y él lo había sentido llegar. De las casas se alzaban gritos, él puso una sonrisa en la oscuridad que le abrió la boca. Me había hecho tocar la fuerza que desde las profundidades aflora a la superficie. Fue mi punto de éxtasis. Bajo mis dedos, me imaginé más tarde, había recibido el orgasmo de la tierra.»

«Esa mujer —me dijo interrumpiendo la voz de ella, que me estaba dando mareos— era un yacimiento de secretos. La intimidad con ella es compartirlos. Escucharla me une a ella con más fuerza que cualquier abrazo. Yo sabía alemán a través del yidis. Entre nosotros, los dos idiomas se entrelazan. A ella le gusta, le recuerda el Sur, el acento napolitano en el alemán.

»Un año después supe lo que ocurrió en la posada. El anciano había oído uno de mis susurros en yidis, esa palabra, *èmet*, que conocía. Se volvió y notó las hojas con caracteres hebreos que estaba leyendo. Se convenció de que lo habían alcanzado los vengadores, que así le anunciaban su visita.

»Había salido corriendo sin esperar a su hija, que se quedó atrás, indecisa. Luego ella corrió tras él y en el apresuramiento me miró de nuevo. Me quedé quieto, que es una forma segura de equivocarse siempre.

»Oí el sonido de un motor potente, una marcha atrás rasgada, un portazo, un arranque abrupto. Ella había montado en marcha.

»Era de ellos el coche al pie de la escarpadura. Él había muerto al instante. Ella había sido salido despedida antes del impacto. Me contó estos detalles en la posada donde la encontré un año después.»

«Estuve a punto de dejar que se fuera. El impulso de huir lo había arrollado, la intención de impedir la profecía de la cábala sobre su final como venganza. Creyó que lo habían alcanzado. Por las curvas cerradas que tomaba a la velocidad del piloto, se repetía a sí mismo: “Me han encontrado”. Yo estaba excluida, en ese momento yo no existía para él, no me oía gritar que parara, que no había nadie. En la recta alcanzó la velocidad de 190 kilómetros. Era el número de la coincidencia en hebreo entre final y venganza, que quedó registrado en el cuentakilómetros. En la curva era inútil frenar, el coche rompió el pretil y voló en la escarpadura contra el bosque.

»Fui yo o la mano del chico sordomudo la que me desabrochó el cinturón de seguridad. Con el primer impacto volé fuera del parabrisas, entre las ramas de un abeto. Me desperté en el hospital, tenía fracturas y heridas por todas partes.

»Salí cuatro meses después y cuatro más de rehabilitación.

»Fue la época de la separación de la vida anterior. Una vez que me quitaron el último vendaje, quedé desatada de mi padre el verdugo. No tuvo intención de que muriera con él. Otros nazis se suicidaron después de matar a sus hijos. Él no, no me pidió que lo siguiera, me habría dejado allí. Fui yo quien montó en el coche. Él ni siquiera se dio cuenta de que estaba a su lado, gritando.

»¿Podría haberme quedado en la posada, abandonarlo en su huida? No podía, o no se me ocurrió que podía. Desatarme indemne de él, no podía.»

«Su identidad sigue siendo desconocida incluso para mí.

»En la tumba está su nombre falaz. Mi madre me preguntó si quería saberlo, le dije que no. Tampoco quiero ya su nombre fingido. Me lo estoy cambiando por el de ella. Me libero de la moneda falsa.

»Durante un año de convalecencia, pensé que regresaría a la posada en la misma época. Me sentaría a la misma mesa y esperaría.

»¿Eras un habitual o uno de paso? ¿Entrarías por esa puerta a esa hora de la noche para cenar? Oscilaba entre la certeza y la menor probabilidad.

»Nos obstinamos con las expectativas, nos aferramos a ellas con una fuerza que puede doler. Sirvió para darme un propósito, para hacerme compañía, para tomarme el pelo al mirarme en el espejo.»

Sentía necesidad de contarme su historia a mí, al desconocido medio reconocido. Yo tenía que escucharla y eso era lo que a ella le hacía falta para entenderla. Le era

preciso hablar con una de esas personas que se conocían en los trenes de otros tiempos, con la certeza de que nunca volveríamos a verla y de que no nos juzgaría.

Esos trenes de vagones destartalados con un ruido infernal dentro de los túneles: esos trenes acercaban a los viajeros. Se empezaba a hablar y cuando nacía una confidencia estábamos solos, aunque hubiera otros pasajeros. Había entrado en la posada como en su compartimento.

La escucha de quien deja narrar, sin interrumpir para dar su opinión, la escucha de quien no tiene que bajarse en la siguiente estación e incluso sigue más allá de su destino para llegar al fondo de la historia: esa escucha permite a la otra persona encontrar las palabras que ha de decir. Porque son sus propias palabras las que le permiten entenderlo: su elección improvisada, el flujo de pensamientos que se ponen en fila para expresarse, el tono de voz que los transporta.

No te he dicho por qué volví a la posada. Por costumbre, paso por allí todos los meses de julio cuando estoy en los Dolomitas. No ceno allí todas las noches y no había vuelto por ella. Lamento decirlo: la había olvidado. Cuando entré y la vi en el mismo lugar, comprendí. Ella me había querido allí. No hay en la naturaleza una voluntad más fuerte que la de una mujer. Empleamos el mismo verbo *querer* para el masculino y para el femenino, pero es un error. Haría falta uno solo para ellas.

Esa mujer me quería en ese lugar y yo le respondí sin saberlo. La vi y entendí lo que se había acumulado en aquel día mío para hacerme ir allí por la noche.

Creemos decidir nuestras propias acciones, luego vienen los momentos en los que reconocemos que nos han llevado de la mano como niños de una acera a otra. Hay fuerzas, atracciones que desmienten la pretensión de que somos dueños de nosotros mismos.

Desde ese momento me he asentado en su voluntad. No es obediencia, es el éxito de la unión entre una mujer y un hombre. Ella es el verbo *querer*, yo soy su adherencia a la

realidad.

La traducción no es mi oficio principal. Soy restaurador de obras de arte, especialmente pinturas. Se interviene en las heridas. No tengo la sangre fría de los médicos, no sabría cómo curar un cuerpo, pero la superficie de un cuadro puede curarse.

¿Estás pensando que ella se ha curado conmigo? No es así, yo no podría, pero conmigo se adhirió mejor a su propia vida. Fue ella quien me preguntó si me sentía capaz de adoptar un niño. Yo le contesté: dos. Y así ha sido.

«¿Y si no hubieras venido? Habría escalado algunas montañas de los alrededores, habría recuperado fuerzas, me habría enfadado contigo dando patadas a algunas piñas caídas. Por la noche habría vuelto a la posada, no sé cuántos días. Me debía a mí misma ese intento.

»Y tú entraste por la puerta de cristal, como esa noche, haciendo sonar la campanilla colgada arriba. Yo estaba ahí, con una cerveza delante, el pelo más corto y una cicatriz en la barbilla.

»Miraste hacia donde yo estaba. Solté un suspiro, levanté los ojos al techo. Cuando los bajé, estabas de pie junto a mi mesa y me preguntaste si podías sentarte. Dije que sí con la cabeza, enmudecida.

»Y luego te miré a la cara, largo rato, y tú con paciencia te dejaste mirar. No te sentías incómodo, tenías los ojos fijos en mi frente, en el nacimiento del pelo. Más tarde me dijiste que no me parecía a ninguna mujer anterior.

»Elegimos lo mismo, yo quise lo que ibas a tomar tú, minestrone y huevos fritos.

»Luego me dijiste tu nombre y yo te contesté con el mío, nada de apellidos. No nos dimos la mano. Tu posaste la tuya sobre la mía, más los dedos que la mano entera, me dijiste bienvenida en alemán y en yidis.

»Antes de que te hable de mí, dime por qué estás aquí esta noche.»

La segunda botella se había terminado y el bar estaba a punto de cerrar. Nos encaminamos a nuestras habitaciones, nos iríamos al día siguiente.

Vivía con ella desde hacía diez años, se habían casado, ella había tomado su apellido. Habían adoptado a dos niños, una de China, uno de la isla de Ceilán.

Ella le había contado la historia hasta liberarse de ella. Conmigo había sido la primera ocasión de referirla. Me agradeció el haberle escuchado, yo la confidencia. Nos intercambiamos las direcciones.

Luego le pedí la de la posada en las montañas, tal vez un encuentro como ese podría vivirlo yo también. Entonces se rio y yo me reí con él.

GRACIAS

Hace años que no los oigo. Debe de haberse formado un callo en los huesos pequeños de los oídos. No deja pasar el sonido de las llaves, de los golpes en las puertas de hierro. Retumban sin llegar hasta mí en los pasillos diseñados por arquitectos sordos que no han pasado una sola noche siquiera en la cárcel.

Hace años que digo, hablando de este espacio cerrado: esta celda mía. El adjetivo posesivo *mía* unido con la palabra *celda*: una absurda propiedad. No recuerdo cuándo empecé, de regreso de un interrogatorio, de una sesión de un juicio. La llamé mía y no me mordí la lengua. La celda se había convertido en mía.

Mamá querida, te escribo para darte las gracias. Al cabo de diez años, esta mañana salí de todas las puertas atrancadas. La última hizo que me diera un mareo. Eran los confines del mundo, las columnas de Hércules que cruzó Ulises, el estrecho de Gibraltar. A partir de ahí estaba el océano. Me apoyé en los grilletes que rodeaban mis muñecas, me defendí de la luz, del aire, del olor de la libertad. Más allá de la puerta estaba, indiferente, desvergonzada, prepotente, la libertad de fuera.

No había sido admitida, solo acompañada al cementerio para darte mi último adiós. No me dejaron ver a mis parientes, a la familia en la que crecí. Ha sido mejor así, dado que no podíamos abrazarnos.

Te he visto pocas veces los ojos cerrados. Una fue en tu primera visita a la cárcel. «¿Qué he hecho yo para merecerme esto?» No era un reproche hacia mí. Era tu consternación. Habría querido acariciarte, en ese momento eras la hija que no he tenido. Había un cristal separador. No estoy llorando, mamá. Para salir, a las lágrimas también les hace falta libertad.

Gracias por estas horas al aire libre para esta maldita cita. Miré hacia arriba, al cielo sin muros. Es pequeño en el

patio de la hora del paseo, un rectángulo, calculo su perímetro. En el cementerio estaba desplegado, incalculable, sin una pizca de nubes que cubriera su desnudez. Estaba vacío, tan seco como los ojos. Me dio rabia, era para darle de bofetadas.

Tenía los muros a ambos lados, dos guardianas con cadenas atadas a los grilletes de mis muñecas. Dos guardianas mudas, más jóvenes que yo, para escoltar mis pasos sin meterme prisa.

Un transeúnte con unas flores en la mano se cruzó con nosotras, por un momento pensé que quería ofrecérmelas. Quién sabe si todavía se acostumbra como gesto de galantería.

No me gustan los cipreses, hoy he comprendido por qué. No dan sombra. En el suelo solo estaban las nuestras, alineadas al lado. Me gustan los árboles frondosos que tienen forma de setas gigantes. Los dibujo de memoria en los cuadernos, repletos de un bosque mío de robles, de coníferas, de hayas. Aquí he aprendido a dibujar.

Leo los libros en la biblioteca, se me quedó grabado *Matar a un ruiseñor*, de una escritora estadounidense. Copié la frase que le hace decir a su protagonista:

«Antes de poder vivir con otras personas tengo que vivir conmigo mismo. La única cosa que no se rige por la regla de la mayoría es la conciencia de uno».

Así están las cosas también para mí. La conciencia es independiente de las mayorías. Debe ser a la fuerza minoría. Lo aprendí de ti, de tus discusiones con papá, quien simulaba un decoro burgués que no podíamos permitirnos. Nuestros vecinos fingían irse de vacaciones, cargaban el equipaje y luego volvían a hurtadillas por la noche. No los imitamos porque tú te negaste. La ropa, eso sí, tenía que estar limpia y planchada los domingos. Era una cuestión de dignidad. No se aprende. Papá apostaba a las quinielas.

La conciencia es minoritaria incluso dentro de la propia

persona, que la silencia por conveniencia.

Cumplo la pena que me han asignado. Es la que me corresponde, no le echo la culpa a nadie. A partir de hoy me pesa menos, sin ti, que durante diez años guardaste fila frente a la entrada de la cárcel para que luego te cachearan debajo de la ropa interior.

Las cosas buenas que me preparabas me las daban hechas pedazos, cacheadas ellas también. Los dulces destripados, la *pastiera* de Semana Santa reducida a papilla. Me la comía a cucharadas, con los ojos cerrados, como si me la dieras de comer tú.

Reclinada, tienes por fin las manos en reposo. Aún están hinchadas de tareas. Tienes los ojos entrecerrados de cuando cosías y el pelo corto de cuando eras una niña. En tus cartas no me dijiste que te lo habías cortado. Estás preciosa. Las dos arrugas de la frente se han relajado, trazan un camino.

Me llevabas a recoger moras en verano, achicoria en invierno. Pertenecen a todos, me dijiste, por eso están tan ricas.

Ya no oigo las cigarras, que tanto te gustaba escuchar. Me invento su sonido en esta última vez juntas.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No desde entonces, no, desde que estoy cerca de tu féretro. Pero ¿qué digo? No es tuyo, es solo un sobre y tú eres mi carta.

Cuánto tiempo ha pasado: no contado por minutos, sino por granos de arena en el cuello de una clepsidra. Es un tiempo derrumbado, caído al fondo, ni un tictac de reloj. Aquí no lo tengo, no decido yo las horas, no son mías. Ese tiempo a tu lado sí, ha sido mío.

Algún día saldré de aquí, volveré a caminar en línea recta, desgastaré las suelas de los zapatos. Llevo diez años usando los mismos y todavía están nuevos.

Entre nosotras no se cierra, no concluye nada. Nosotras dos seguimos en la distancia que fue condena y ahora es alianza. Emparejadas como dos piernas, primero va una hacia delante, después le toca a la otra. No nos superponemos, avanzamos. Somos las generaciones, nadie

puede detenernos.

Gracias, mamá, es más liviana desde esta noche la celda, mi celda.

UNA EXPRESIÓN ARTÍSTICA

Lois Anvidalfarei, *Che precipita* (bronce, 2016)

Fotografía: © Erri De Luca.
Reproducida por cortesía de Lois Anvidalfarei

Doce por doce por dieciocho centímetros, o bien doce por doce por seis centímetros: estas son las medidas después de su elaboración a partir de la roca efusiva llamada leucita. Más conocido es su sobrenombre: adoquín. Pavimenta las calles de Roma desde el siglo XVI gracias a la voluntad del papa Sixto V.

Sus obras de instalación no prevén aglutinantes, solo el aplanamiento de un fondo de arena y puzolana mediante la herramienta llamada pisón. Esta colocación favoreció su uso indebido y político, a través del verbo *desadoquinar*. Bastaba una cuña para despegarlo del pavimento.

De los dos formatos clásicos, el más práctico era el segundo, menos pesado y, a pesar de todo, de manejo laborioso. Los estudiantes de Física de la Universidad La Sapienza de Roma calcularon el alcance medio en unos diez metros desde la palanca de un brazo masculino.

1968 fue el año académico del adoquín extraído de su sede y proyectado en vuelo.

Yo había llegado a la capital en esos meses de la insubordinación de una juventud que había dejado de ser dócil para entregarse a la crítica de toda autoridad. Instituciones, partidos, rectores, directores, bedeles, padres, magistrados, fuerzas públicas, jefes superiores de policía, comisarios: cualquier título de autoridad había sido negado. Ultraje a funcionario público fue el menor de los artículos transgredidos del código penal.

Aprendí la democracia de las asambleas, la elocuencia de las consignas, las votaciones a mano alzada. Una juventud nueva de arriba abajo se hizo con la palabra y no dejaba que se la quitasen ni siquiera en un tribunal de justicia, donde se procesaba a grupos rastrillados en las plazas.

Nos percatábamos de un par de virtudes: éramos numerosos, hijos de la posguerra, del impulso de un pueblo por reproducirse después de las diezmas. Éramos también la primera generación aculturada en masa. Las dos virtudes combinadas eran incendiarias.

Esa inesperada juventud salía en tropel fuera de las aulas universitarias y de las instituciones escolares, henchía de su presencia las calles de Roma, entraba en colisión con las tropas de la Primera Unidad de Intervención de los antidisturbios, especializadas en la represión de las manifestaciones.

Yo era coetáneo de esa juventud, así que formé parte de ella. La alternativa era desertar de sus filas y ni se me pasó por la cabeza. Fue un año de iniciación en elecciones perentorias, dentro o fuera, a favor o en contra, junto a los muchos o solos.

Entré en el meollo de las concentraciones. Al paso rítmico de nuestras consignas, silabeadas en coro a voz en grito por miles de voces, hacía de contrapunto el ruido de los cierres metálicos echados. No se sabía de dónde salían las unidades, los escudos, los uniformes, las porras, los fusiles que lanzaban gases lacrimógenos. La abigarrada juventud cerraba filas sujetos del brazo, aprendiendo a no retroceder. Comenzó entonces el uso indebido de los adoquines a través del verbo *desadoquinar*. Cuando tomé uno en mi mano, me pareció una roca. Es el peso de todo comienzo de revuelta.

Según el estudio de balística, el lanzamiento tenía un alcance de unos diez metros, por lo que la distancia entre nosotros y las tropas era cercana. Esto implicaba que los lanzamientos de contención correspondieran a la primera fila, de lo contrario las segundas podían alcanzar a las primeras por detrás. Fue una dinámica de fácil aprendizaje. Cada comitiva tenía sus propios desadoquinadores. Roma todavía estaba en gran parte pavimentada con adoquines, una reserva al alcance de la mano. Fue mi única lección de geología. En Nápoles, de donde yo venía, se caminaba sobre lastras de piedra vesubiana. La lava había acabado bajo los

pies, pero los bloques eran grandes, no había posibilidad de uso indebido.

Había entre nosotros hijos de padres célebres en la política: ministros, diputados, senadores. Éramos extraparlamentarios, considerábamos la calle, la asamblea, como las sedes de la democracia. El primer artículo de la Constitución asigna la soberanía al pueblo. Lo entendíamos literalmente.

Para los hijos de los ilustres, la ruptura era más áspera. Implicaba los afectos, no solo las convicciones.

Para ellos, la transición del sometimiento a la crítica total había sido más larga y difícil. Tuvieron que desvincularse de los cargos públicos de sus padres, vocalizar físicamente en contra de ellos el grito y las consecuencias.

Más amarga la revuelta en las habitaciones, el levantarse de la mesa echando la silla hacia atrás y con el plato delante aún sin acabar. Las voces exasperadas, el intercambio de acusaciones, el insulto político y luego la puerta de casa, las llaves tiradas al suelo, la voz de una madre que intentaba apaciguar en vano. La despedida de la adolescencia fue abrupta para todos, pero más para ellos.

Éramos intratables, una mezcla de cólera y razones. Los hijos de esos padres añadían los nombres renegados. Las piedras que tiraban eran contra sus padres. El lanzamiento dejaba un contragolpe en su hombro, más dolorido con el siguiente tiro. Por el derecho al olvido no nombro a ninguno.

Si los capturaban en la refriega y los conducían a la comisaría, no llevaban ningún documento encima para no ser tratados de manera diferente por los funcionarios, obsequiosos con sus padres. Fue el único periodo en el que los privilegiados se rebajaron a sí mismos por pudor.

En octubre de 2017, la Galería Nacional de Arte Moderno de Valle Giulia inauguró una exposición retrospectiva sobre

arte y el 68 titulada: «Es solo un comienzo». Era la mitad de una frase que fue consigna de las revueltas francesas de mayo de 1968: *«Ce n'est qu'un début»*. La otra mitad proseguía: *«Continuons le combat»*. De ahí también el nombre de la posterior organización revolucionaria italiana Lotta Continua.

Visité la exposición, era pobre y muda. El arte referido a ese año era una modesta colección de mariposas aguijonadas en las paredes. Era una decoración sin tensión, movimiento, impulso. Sin embargo, muchos artistas de la época se dejaron llevar y agitar por la insubordinación general. Cito de memoria y de forma incompleta: Beuys, Boetti, Castellani, Kounellis, Matta, Schifano. Cedían sus obras, vendidas de inmediato, para sostener nuestros movimientos. De habernos quedado con la mitad, tendríamos los medios para montar un museo. Nada de esa participación aparecía en esa pequeña muestra.

En una sala, apilados en el suelo, había unos adoquines. No recuerdo el nombre del autor que los había elevado a expresión artística. Ahí y solo ahí vislumbré la fuerza política que contra las leyes y la gravedad los despegaba del suelo y los lanzaba al aire, sacudiendo el andamio de la autoridad. Apilados en una sala de museo eran pesos inertes, imposibles de empuñar.

Alguien pregunta de vez en cuando qué ha sido de esa época, qué ha dejado. Respondo: el vacío, el del agujero de las sombrillas que se retiran a finales del verano, profundo, hasta hermoso a la vista, antes de que la arena lo cubra sin dejar huella.

RELATO DE UN TIEMPO DEJADO ATRÁS

Tengo este don, transmitido por mi padre y mi abuelo: sé encontrar agua bajo tierra.

Heredé su bastón, de fresno duro, que vibra en mi mano cuando paso por encima de un manantial. Excavo y doy de beber a las cien ovejas que me han confiado.

Con este don puedo ir a donde ningún otro pastor puede llegar, a riesgo de matar el rebaño.

Paso lejos varias semanas, a mi regreso son mías las ovejas mejor alimentadas y los corderos destetados. Soy el favorito del amo y, por lo tanto, estoy mal visto por los demás.

Mantenerme alejado me salva del mal de ojo y de las malas intenciones de quienes quieren robarme el bastón. Ya he tenido que emplearlo como arma.

En el desierto, hay que permanecer despierto por la noche para mantener a raya a los depredadores. Enciendo un fuego y cuento los rebaños de las estrellas, el cielo es un prado hasta donde alcanza la vista, mejor para mí, que no soy su pastor.

Encender un fuego, una cosa de nada cuando estás en la aldea. Pero para hacer uno donde sea, hay que prepararse. Tengo una rama seca de enebro y la froto contra los arbustos de las praderas. La fricción calienta, del primer humo nace luego la chispa. Mi padre se ayudaba con el azufre, que en estas tierras se encuentra en las rocas. El fuego es vida, protege del frío de la noche y del que es peor, el del amanecer. Además, defiende: cuando veo brillar en la oscuridad los ojos de los chacales, los ahuyento agitando la antorcha. Los aterroriza el fuego, que cuando arranca despelleja la tierra sin dejar nada. Basta con agitarlo para que el fuego haga que aúllen de miedo.

El pastor duerme a medias, con una parte vigilante. Mi

padre me enseñó a dormir con una piedra en la mano. Cuando se me cae, me despierto.

En la temporada de lluvias, las ovejas bajan al arroyo seco para beber en las primeras pozas. Las entiendo, yo también bebo esas aguas sabrosas. Dentro está el polen resecado, los dátiles, la primera lluvia es dulce. Pero el pastor tiene que armarse de valor y ahuyentar a las ovejas del lecho del arroyo. Corriente arriba se arma la crecida y cuando oyes su gruñido es demasiado tarde. Llega la avalancha de agua y piedras, cada animal que se ve sorprendido es un animal perdido. Tiene más fuerza que una carga de búfalos, la crecida.

También es un desperdicio de abundancia, no se detiene, no se deja absorber, sale huyendo. Se lanza al Jordán o se deshace en el desierto, del agua que ha caído no cuesta mucho esfuerzo servirse, porque desciende por sí misma. El fragor del cielo en noches como esas es el del torrente. El pastor encuentra las cuevas donde esperar el amanecer.

Una vez me quedé más tiempo fuera. Había llegado a una montaña, donde encontré una fuente de agua caliente y humo de la tierra. Subí por curiosidad y me topé con un amplio claro, de hierba suave que olía a canela. A su alrededor había un seto de arbustos espinosos, un refugio ya listo.

Fue mi descubrimiento. De vuelta al pueblo podría pedirle al amo un préstamo de ovejas que devolver con intereses y hacerme mi propia casa en la montaña caliente. Bien podría confiar incluso en una esposa. Los siervos pastores no tienen derecho a ello y ni siquiera tienen derecho a un nombre. Ninguno de nosotros lo tenemos, nos llamamos con un silbido, diferentes entre sí. El mío es corto, dos sílabas de silbido.

Regresé después de largas y lejanas semanas. Tuve la sorpresa de encontrarme con la aldea abandonada. Se habían ido todos, pero no había señales de correrías por

parte de merodeadores. Se habían llevado lo que podían cargar en los carros.

Me había convertido en el único habitante de la aldea, su guardián, acaso su amo. Podría tener un nombre, recibirlo y llevarlo.

Fuera de la aldea encontré, en el recinto del ganado, una extensión de cenizas y restos humanos. Me di cuenta de que a muchos de ellos los habían quemado, incluso a niños. Había pasado el ángel de la muerte, había esparcido su pestilencia en la aldea. No hacía mucho que se habían ido los supervivientes, las cenizas estaban tibias.

Conocemos la lepra, nos protegemos manteniendo apartados a los afectados. Pero hay fiebres que no se ven, que arden desde dentro, atacan un territorio y hay que abandonarlo, como en los años de sequía.

Somos polvo en la palma de la tierra, llega un viento y nos levanta, partimos en caravana como hormigas.

La fiebre, sin cuerpos que invadir, se apaga.

Yo era el último y de repente el único.

Acampé al aire libre, no quise entrar a ninguna vivienda. Fue en la hora en la que el sol baja a la tierra cuando se elevó una voz. En su aislamiento, los pastores están acostumbrados a oír llamadas. Nuestro oído entrenado percibe sonidos que vienen de más lejos de donde alcanza la vista. En el silencio denso como el que hay dentro de una niebla se anhela oír una voz cualquiera, hasta el extremo de inventárnosla. Por lo tanto, no reaccioné y no respondí. Las ovejas estaban tranquilas, señal de que solo yo lo había oído.

El canto de las cigarras es lo más cercano a las palabras de mi idioma. En el bochorno, a la sombra de los tamariscos, es fácil entender lo que se dicen. Pero era de noche, esa voz no era de cigarra.

Yo había encendido el fuego. El de mirto y enebro seco resopla, tose, crepita denso. Es un relato contado por sus llamas, con las brasas que lo escuchan junto a mí. Pero no

era de fuego esa voz.

No era de viento, no lo había. Y no era de trueno distante, ningún olor suyo, de tormenta, porque puede sentirse la tierra estremecerse por el deseo de que le caiga encima.

Era la voz de cuando se baja el balde al pozo. Me acerqué al abrevadero, destapé la piedra de la boca. La oí, de nuevo.

Era una voz, no distinguía si de chacal o de persona.

Luego volvió a crecer y entonces me puse de pie junto al pozo. Sin saber por qué, me descalcé y me cubrí la cabeza. En el perfecto silencio de la noche primera y de la última luz, escuché dentro de mis oídos, incluso desde el interior, que llamaban el nombre mío claramente, dos veces, repetido. El nombre mío: ¿cómo supe que era el mío? Y, sin embargo, lo reconocí, como si me perteneciera desde siempre.

Dos sílabas: Moisés.

«Heme aquí», dije.

ÚLTIMA HISTORIA

En esta recopilación incluyo por último la relación más difícil. Sirve de cimiento a una religión.

La divinidad en el cristianismo manda a su propio hijo a la tierra, a la boca del lobo, con más dureza que un padre que arma a un hijo y lo envía a la guerra: porque con suerte podría escapar a la matanza. Aquí no: el hijo está condenado a muerte sin apelación y desde su nacimiento.

Los poderes reaccionan contra el recién nacido haciendo una masacre de coetáneos en un intento por deshacerse de él. Es una práctica extendida entre los tiranos. Herodes había matado a los suyos antes que a los de los demás.

El cristianismo empieza con la misión suicida de un hijo enviado por su padre. A pesar de ser el único que tiene, el hijo se dirige a él llamándolo nuestro, no mío. Se hermana así con la especie humana, considerándola adoptiva de su padre.

Pese a ser un misionero con poderes especiales, no tiene privilegios ni protecciones angélicas. Crece en un entorno de artesanos, practica el taller, no se casa. Espera a los treinta años para declararse e inaugurar el mandato.

Juan lo hace debutar durante una fiesta de bodas que se queda corta de vino. Mateo, en cambio, recoge un discurso sobre la beatitud, dirigido desde una elevación a una multitud intensamente atenta.

No imita a Moisés, no dicta ley. Con la firmeza de las personas mansas declara la primacía de los oprimidos, la descalificación de los opresores. Quienes lo escuchaban no querían que se detuviera. Su palabra daba alivio al cuerpo.

Y a semejante criatura, predilecta de la humanidad, ¿había que dejarla morir joven en lugar de sobrecargarla de años y de bendiciones?

Sin atender a la última plegaria del hijo, la de apartar el cáliz, moverlo aunque solo sea un poco, le obliga a

bebérselo hasta las últimas gotas de agonía.

Detuvo el cuchillo desenvainado por Abraham ante la garganta de Isaac, pero no detiene el suplicio de su hijo sobre la viga romana en forma de «T».

Deja que los soldados se mofen de él bajo el patíbulo. Le dicen que se suelte, que baje, ya que dice ser hijo de quién sabe quién.

El salmo veintidós, firmado por David, ya ha anticipado escenas de la ejecución: las heridas en las manos y los pies, la invitación irónica a desclavarse de la madera, el reparto de las ropas, la garganta sedienta. Pero en el salmo el final queda abierto, no es un obituario.

Durante su niñez, adolescencia y juventud, su padre lo dio en adopción. José/Iosef fue su tutor.

Después de los treinta años lo reclama con la fuerza de la separación de la familia natural. En consecuencia, su hijo niega a su gente: «¿Quién es mi madre?», pregunta a quien se la señala, y luego añade que su familia está formada por quienes lo están escuchando en ese momento. Las misiones extremas exigen la disolución de los lazos más íntimos. Pero incluso al obedecer a la llamada, nada impide al corazón el dolor del desgarro.

Hay autoridades terrenales a las que se confía el poder de la gracia. La ejercen con avaricia.

La autoridad celestial tiene otra justificación: se veda a sí misma el poderlo todo. Ese padre se prohíbe el intervenir a favor de su hijo.

En otros pasajes de la escritura sagrada leemos que revisó sus decretos, revocando condenas anunciadas por los profetas. La divinidad emplea incluso para sí misma el verbo *arrepentirse*, en función del cual retira o suspende la sentencia. La destrucción de Nínive anunciada por Jonás/Ionà queda revocada después de que la ciudad se someta a ayuno y penitencia.

No hay revocación para su hijo: deja que muera como un bandido colgado de un poste. El cristianismo se basa en

la obediencia extrema y dócil de un hijo hacia su padre.

Las generaciones se conmueven hasta la indignación por los sufrimientos del inocente inmolado, que sin embargo no fue inocuo. Fue dañino y aún causa daño en perjuicio y descrédito de toda forma de opresión: del hombre sobre el hombre, del hombre sobre la vida del planeta.

Nos conmueve el Cristo clavado, contamos sus pasos y estaciones hasta la cima de la colina desnuda. E inclinamos la cabeza ante la firmeza de su padre. Esta noche yo la levanto. Vuelvo a recorrer el camino de ese padre que no escatimó a sí mismo ni un instante del suplicio de su hijo, sabiendo que podía interrumpirlo, salvarlo, perdonarlo. Prefirió, en cambio, beber junto con su criatura el gigantesco jarro de la impotencia voluntaria.

Esta noche aporto mi compasión por el padre desgarrado, desesperado, que permitió que se ejecutara la sentencia de muerte de su hijo.

En las pinturas, a los pies de la cruz se halla una madre transida. Pero también está el padre, autor y responsable de toda la creación, palpitando juntos. Encerrado en el cuerpo de su hijo, no tiene otro lugar. En su hallarse en todas partes, en esos momentos está exactamente ahí.

«Estaré contigo», le dijo a Moisés en una ocasión. Ahora está con su hijo, voz del verbo *estar*, presente de indicativo.

Está escrito que el velo del templo se rasgó en dos en la hora de la muerte. Se desgarra así, en señal de duelo, un padre la camisa. Hay un dolor abismal en esta historia, y no atañe al hijo.

Su resurrección no es un resarcimiento. No hay espina que se les haya quitado a esos dos, por esos días de sangre.

UNA CRÓNICA

Como colofón de estas narraciones, inserto un episodio de crónica verdadera y una historia contada en sentido inverso.

La mañana del 5 de agosto de 1942, alrededor de doscientos niños salieron en fila en grupos de cinco del orfanato del gueto de Varsovia para subir a los vagones con destino a Treblinka.

Sigue a la procesión un hombre de sesenta y cuatro años. Se llamaba Henryk Goldszmit, como nombre de escritor había elegido el de Janusz Korczak. Era el director del orfanato. Llevaba dos en brazos y un tercero caminaba agarrado a su chaqueta.

Se subió al vagón de carga con los niños y fue decisión suya. Quiso acompañarlos. Lo mataron con todos ellos el mismo día.

22 de julio de 1942, su cumpleaños, en el gueto de Varsovia empiezan las grandes redadas. A Korczak se lo llevan tres veces a los vagones destinados a Treblinka desde la Umschlagplatz, estación de salida de las deportaciones, y en tres ocasiones se le devuelve sano y salvo al orfanato.

18 de julio de 1942, Korczak monta una obra de teatro con los niños. Ponen en escena *La oficina de correos*, de Rabindranath Tagore, drama prohibido por la censura. Representa a un niño enfermo que muere mientras sueña que está corriendo por el campo. Le preguntan por qué ha elegido una historia tan triste. Para acostumbrarlos a la idea de la muerte, responde.

Mayo de 1942, empieza a escribir su autobiografía, publicada después de la guerra en forma de diario. En una

línea puede leerse de los huérfanos a los que cuida: «Niños arrojados como conchas a la playa».

Añado aquí unos versos míos taloneados como comentario.

> Llegan conchas a la playa, sus caparazones vacíos.
> Algunos están intactos, otros quebrados, golpeados con más fuerza por las olas.
> Donde hubo vida queda la madreperla.
> Debe de haber una fórmula revelada a las conchas
> por la cual la muerte es una apertura.

1942, Korczak es detenido porque se niega a llevar en el brazo el brazalete que distingue a un judío.

1941, el orfanato debe trasladarse, los nazis restringen el perímetro del gueto. Ahora se encuentra en el número 9 de la calle Śliska. El edificio es más pequeño, los huérfanos son doscientos.

1940, en octubre, los nazis vallan el gueto de Varsovia. Los huérfanos son trasladados al 33 de la calle Chłodna, son ciento cincuenta. Korczak es detenido y encerrado en la prisión de Pawiak, lugar de torturas y ejecuciones sumarias, por haber solicitado la devolución de un cargamento de patatas robadas al orfanato.

22 de julio de 1878 o 1879 (la confusión es culpa de su padre), nace en Varsovia el hombre del que he mencionado algunas fechas. Se encarga de los niños y de su educación como médico y desde los veinte años en adelante. El resto de su vida la confío a la posible curiosidad de quienes hayan leído hasta aquí.

Nadie lo llamó nunca papá. Actuó como padre, aunque no lo fuera. En los abismos de la inhumanidad, la simple humanidad deslumbra como la ráfaga de un rayo.

«In balance with this life, this death.»
William Butler Yeats

Nota

* El Lotto es una lotería, parecida a la Primitiva española, popularísima en Italia, que se basa en la extracción de cinco números de once bombos distintos, asociados a diferentes ciudades. Hay muchas posibilidades de apuestas, según los números jugados en uno, varios o todos los bombos. El *ambo secco* es una variedad del ambo con un premio mayor. *(N. del t.)*

A tamaño natural. Historias extremas de padres e hijos
Erri De Luca

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

Título original: *A grandezza naturale*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Kieferpix Photography / Shutterstock

© Erri De Luca, 2021
Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán
Publicado con el acuerdo de Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© de la traducción, Carlos Gumpert, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-322-4132-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!